



*De izquierda a derecha: Dña. Izaskun Álvarez Cuartero, D. Santiago Petschen, D. Pablo J. Beltrán de Heredia y Dña. Estíbaliz Ruiz de Azúa, en el acto de lectura de la Lección de Ingreso de la nueva Amiga.*

## AMIGOS DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA: RELATOS, VIAJES Y DESCRIPCIONES DE LA ISLA DE CUBA

Arratsaldeon, Buenas tardes

Amigos Santiago Petschen, Delegado en Corte de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, y su Secretario, Pablo Beltrán de Heredia, que pronunciará las palabras de recepción.

Miembros de la Junta Rectora de la Delegación en Corte.

Amigas y amigos que habéis querido acompañarme en este día tan especial.

Es para mi un honor pronunciar esta lección para ingresar como Amiga de Número en la Sociedad. Me siento emocionada de estar hoy aquí como muchas otras personas a las que sólo he conocido por el nombre y que tuvieron ocasión de precederme. Me explico, la mayoría de los Amigos que he conocido aparecen en documentos y legajos, mi contacto con los amigos del país en la historia de Cuba me ha llevado a conocer a los que perpetúan su labor actualmente y a desarrollar una de las profesiones más apasionantes del mundo, que es la de historiadora. Gracias a esos amigos de entonces he llegado a querer a la Bascongada ahora, y gracias a esta Delegación en Corte participo en un acto que lleva dos siglos repitiéndose y que es de incalculable valor, ya que es por vosotros que la Bascongada continúa viva.

«I was surgeon successively in two ships, and made several voyages, for six years, to the East and West Indies; by which I got some addition to my fortune. My hours of leisure I spent in reading the best authors, ancient and modern; being always provided with a good number of books; and when I was ashore, in observing the manners and dispositions of the people, as well as learning their language; wherein I had a great facility by the strength of my memory.»

Johathan Swift, *Gulliver's Travels*

## I

En la Grecia antigua los viajes mezclaban la aventura arriesgada con la narración fascinante, navegaciones mitológicas, recorridos interiores que tenían como estímulo regresar y relatar las experiencias vividas. El viaje carece de sentido si no se puede contar, silenciar los viajes por cercanos o lejanos que sean, por cortos o largos en el tiempo, sería como no haberlos vivido, sean experiencias aburridas o emocionantes siempre son exteriorizadas, verbalizadas, en un intento de hacerlas perdurar en el tiempo. Los significados simbólicos del viaje son innumerables y algunos de ellos continúan sin respuesta, Cirlot explica que «desde el punto de vista espiritual, no es nunca la mera traslación en el espacio, sino la tensión de búsqueda y de cambio que determina el movimiento y la experiencia que se deriva del mismo. En consecuencia, estudiar, investigar, buscar, vivir intensa-

mente lo nuevo y profundo son modalidades de viajar o, si se quiere, equivalentes espirituales y simbólicos del viaje»<sup>1</sup>.

Cuando Víctor Hugues, el inolvidable personaje de *El siglo de las luces*, «soñaba en su adolescencia con los caminos de Asia, todos los barcos que lo aceptaban a bordo iban a parar a las Antillas o al Golfo de México»<sup>2</sup>. A partir del descubrimiento la idea del paraíso comenzó a identificarse con el archipiélago de las Antillas, Colón diría de Cuba que «nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles todo cercado el río, ferrosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto cada uno de su manera; aves muchas y paxaritos que cantavan muy dulçemente»<sup>3</sup>. América desde la antigüedad va ligada a mitos y leyendas, a la utopía, a la creencia de que el paraíso terrenal se hallaba en algún lugar del océano Atlántico, la descripción mítica de la *isla de San Brandán*, la de las *Siete Ciudades*, las *Columnas de Hércules* anticipan la gran aventura del hallazgo de un nuevo continente<sup>4</sup>, pero no olvidemos que lo paradisiaco, lo utópico tiene su inverso, ese gran túnel negro por el que se desvanece, por donde asoma la contrautopía. El que fuera uno de los mejores conocedores del Nuevo Mundo, Alexander von Humboldt, se interrogaba

---

1. Cirlot, Juan Eduardo, *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Labor, 1992, págs. 459-460.

2. Carpentier, Alejo, *El siglo de las luces*. La Habana, Arte y Literatura, 1974, pág. 36.

3. Colón, Cristóbal, *Textos y documentos completos. Nuevas cartas*. Edición a cargo de Consuelo Varela y Juan Gil. Madrid, Alianza Editorial, 1992, pág. 125; véase también Bernabéu, Salvador, "La idea del paraíso antillano" en Puig-Samper, Miguel A.; San Pío, M. Pilar de (coords.), *Las flores del paraíso. La expedición botánica de Cuba en los siglos XVIII y XIX*. Madrid, Real Jardín Botánico-Consejo Superior de Investigaciones Científicas [CSIC]-Lunweg-Caja Madrid, 1999, págs. 15-29.

4. Fernández Herrero, Beatriz, *La utopía de la aventura americana*. Barcelona, Anthropos, 1992, Ainsa, Fernando, *De la edad e oro a El Dorado. Génesis del discurso utópico americano*. México, Fondo de Cultura Económica [FCE], 1992 y *Three Early Modern Utopias. Utopia, New Atlantis, The Isle of Pines*. Oxford, Oxford University Press, 1999, donde se recogen los relatos de Thomas More, Francis Bacon y Henry

escéptico sobre ese edén americano escribiendo: «yo no hallo ni jamás he hallado escritura de latinos ni de griegos que certificadamente diga el sitio en este mundo del Paraíso Terrenal, ni visto en ningún mapa mundo»<sup>5</sup>.

La pasión por conocer un espacio distinto lleva irremediablemente unida el viaje, el descubrimiento de lo desconocido, el reconocimiento del otro, la comparación. En el caso de América, desde los primeros años de la conquista, ese conocimiento trae consigo un sentimiento divergente, que se mueve entre la atracción y el desprecio; bajo una mirada especular, que devuelve lo que los ojos quisieran encontrar, los primeros paseantes del Nuevo Mundo inventan una realidad, Europa inventa América y la incluye en su universo al adaptarla a sus contornos ideológicos. La indagación en la naturaleza y condición del indio ocupará varios tratados y largas disputas filosóficas y jurídicas entre los eruditos de la época; y aunque la legislación española procuró servir de escudo a los más desprotegidos, en la práctica fue seguido ese axioma de que el hombre deshumaniza a los que quiere matar<sup>6</sup>. Mientras se hacía grande la colonia, el indio americano iba pasando por diversos avatares –masacrado, explotado, ignorado–, pero aún quedaban más cualidades que asignar. La inferioridad

---

5. Humboldt, A. de, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*. Caracas, Monte Ávila, 1992, pág. 191. Traducción de *Histoire de la géographie du Nouveau Continent et des progrès de l'astronomie nautique aux XV et XVI siècles comprenant l'histoire de la découverte de l'Amérique*. París, Gide, 1836–1839.

6. La obra de Juan Ginés de Sepúlveda *De justis belli causis apud Indos* (Roma, 1550) marcará el inicio de la controversia sobre el indio, el teólogo establece cuatro causas que justifican la guerra contra los indígenas americanos: la inferioridad natural de los indígenas, la persecución y extirpación de los ritos y sacrificios de estas culturas, la salvación de las víctimas de estos sacrificios y propagar el Evangelio, véase: Sepúlveda, J.G., *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. México, FCE, 1941. Sobre este tema véanse las obras de carácter general: Sebastián, Santiago, *Iconografía del indio americano. Siglos XVI–XVII*. Madrid, Turo, 1992; *La imagen del indio en la Europa moderna*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1990 y Gómez-Muller, Alfredo, *Alteridad y ética desde el descubrimiento de América*. Madrid, Akal, 1997.

de las especies animales americanas, la hostilidad de su naturaleza y la degeneración de los americanos fijarán la atención del naturalista Buffon y del abate de Pauw que inauguran, en el siglo XVIII, las tesis de la debilidad o inmadurez del continente americano<sup>7</sup>. Las peculiaridades de la naturaleza y la supuesta apatía del indígena han dado lugar a una numerosa literatura sobre el tema y, en la época contemporánea, a esa obstinada lucha de los pensadores latinoamericanos por justificar su existencia e identidad, por integrar paisaje, gentes y pasado en su propia realidad.

## II

En el siglo XVIII asistimos en Europa a una irrefrenable pasión por el viaje. Los jóvenes británicos de la alta sociedad pusieron de moda el *Grand Tour*, un intenso viaje de estudios por el continente que emprendían acompañados por un tutor y que duraba alrededor de tres años; este deambular tenía como objetivo la instrucción del pupilo, el aprendizaje de la lengua francesa y el conocimiento del arte y cultura italianas, es decir, la formación adecuada para el desenvolvimiento futuro del joven en la

---

7. Jean-Louis Leclerc de Buffon (Montbard 1707-París 1788). Este naturalista francés aplicó la geografía a la historia natural y ésta a la filosofía. Sólo estaba interesado en la observación de los fenómenos para establecer sobre ellos un sistema. Uno de sus planteamientos más importantes consistía en que las especies animales del continente americano son distintas, inferiores o más débiles que las del Viejo Mundo, véase: *Oeuvres complètes*. París, 1826-1828, 32 vols. Corneille de Pauw (Amsterdam, 1739-Xanten, 1799), su obra más importante son *Recherches philosophiques sur les Américains ou Mémoires intéressants pour servir a L'histoire de L'espèce humaine*. Berlín, 1768-1769, 2 vols. Sobre este tema véanse la obras de Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. México, FCE, 1993 [Primera edición en 1955] y *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*. México, FCE, 1978.

sociedad<sup>8</sup>. La moda viajera alcanzaba también a los franceses, rusos, italianos y alemanes, estos últimos se caracterizaban por ser los más viajeros, preparaban el itinerario al detalle y su capacidad de observación y admiración por los paisajes y costumbres de otros lugares era sorprendente. Europa y el mundo se encuentran en movimiento, se viaja en carruaje, a caballo, en diligencia, en barco, «los viajes se incrementan en los estados europeos civilizados, enriquecen el espíritu, amplían los conocimientos y curan los prejuicios»<sup>9</sup>. Las necesidades de hospedaje de estos viajeros obligaban a mejorar y desarrollar la infraestructura de los alojamientos, el reposo tras una larga jornada de emociones exigía una buena cama y comida en abundancia; la posada era un centro de reunión con otros viajeros, allí intercambiaban experiencias, se dejaba volar la imaginación con la narración de aventuras propias y ajenas, se planificaban otros viajes y se abandonaban a los cuidados e historias del anfitrión -que podían rivalizar con las de sus huéspedes-; son muchos los relatos que intentan transmitir la sensación de paz y felicidad alcanzada en esas horas de descanso.

La moda viajera puso en marcha uno de los mayores *booms* editoriales de toda la historia, los libros de viajes. Las guías de forasteros, los almanaques, los mapas, la edición de diarios de viaje son consumidos con avidez por la sociedad dieciochesca. Para Roger Chartier la Ilustración supone una revolución en torno a los libros: una explosión de lectores y una fiebre de lectura; se fueron haciendo más habituales las ediciones en pequeños formatos, cómodas de usar y de llevar, el libro cabía en un bolsillo y se podía transportar con facilidad en el equipaje, así era posible que la lectura acompañara al viajero durante todo su peregrinar; «en el siglo

---

8. Cowie, L.W., *Dictionary of British Social History*. Ware, Wordsworth Reference, 1973, pág. 134.

9. Roche, Daniel, «Viajes» en Ferrone, Vincenzo; Roche, D. (eds.), *Diccionario histórico de la Ilustración*. Madrid, Alianza, 1998, págs. 287-294, pág. 288.

XVIII», dice Chartier, «la gama de lecturas posibles parece ampliarse y proponer a los lectores y lectoras más instruidos un repertorio de posibilidades desconocido hasta entonces»<sup>10</sup>. La edición y difusión de los periódicos también supondrán un gran impacto entre la sociedad lectora europea, las noticias y relatos de viajeros llenarán las páginas de diarios, gacetas y revistas.

Según Gaspar Gómez de la Serna, el viaje ilustrado en España estaba perfectamente planeado, con su motivación filosófica y causa inmediata, su diseño por etapas, ejecución y una memoria final en la que se incluían las recomendaciones a seguir dentro de la rama de las reformas que se tratase<sup>11</sup>. Los viajeros ilustrados eran calculadores y eran conscientes de la importancia de su misión, no se viajaba por placer, el viaje siempre tenía una función: conquistar un objetivo. El mismo autor clasifica en económicos, científicos y naturalistas, artísticos, histórico-arqueológicos y literario-sociológicos los viajes ilustrados peninsulares<sup>12</sup>. Los viajes son editados bajo un heterogéneo rosario de títulos, son comunes los itinerarios geográficos, históricos y críticos, las relaciones políticas, descripciones o diarios, noticias, breves, observaciones, disertaciones históricas y geográficas, noticias secretas, compendios, exámenes, estados, lecciones, peregrinaciones, colecciones de viajes, cartas familiares, incluso se relatan

---

<sup>10</sup>. Chartier, Roger, «Libros y lectores» en Ferrone..., *ob. cit.*, págs. 243–249, pág. 249. De este autor véanse también: *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza, 1993; *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona, Gedisa, 1994

<sup>11</sup>. Gómez de la Serna, Gaspar, *Los viajeros de la Ilustración*. Madrid, Alianza, págs. 75-76. Sobre literatura viajera en el siglo XVIII véanse: Álvarez de Miranda, P., «Sobre viajes y relatos de viajes en el siglo XVIII español». *Compás de Letras*. Número monográfico dedicado a la literatura de viajes 7 (Madrid, 1995) págs. 97-122 y García-Romeral, C., *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglos XVI-XVII)*. Madrid, Ollero & Ramos, 1998, también se ha publicado el correspondiente libro dedicado al siglo XIX (Madrid, Ollero & Ramos, 1999).

<sup>12</sup>. Gómez de la Serna..., *ob. cit.*, págs. 79–81.



últimos viajes o viajes inteligibles<sup>13</sup>. En el siglo XIX también persiste el entusiasmo viajero desbordado de romanticismo, los viajes de estudio aumentan y cada vez son más exóticos los destinos, el XIX es el siglo de África y de Oriente, de esos evocadores *Marroquíes* pintados por Mariano Fortuny<sup>14</sup> y de las peregrinaciones a Jerusalén de Chateaubriand o a El Cairo de Thackeray. Para Edward Said la curiosidad por esas lejanas tierras era provocada por «las excentricidades de la vida oriental, con sus raros calendarios, sus exóticas configuraciones espaciales, sus lenguas desesperadamente extrañas y su moralidad aparentemente perversa»<sup>15</sup>.

Una de las circunstancias más representativas de los viajes ilustrados en España son las expediciones científicas, que vinieron a ser como el cenit del viaje. La expedición significa una aproximación nueva a América, a modo de segundo descubrimiento una vez desaparecidos los graves problemas del primer asentamiento. Es un momento de reconquista del espacio en la que colabora un viajero muy especial, el sabio, que, con ayuda de un mecenas o del estado, descubrirá científicamente un continente hasta el momento sólo conquistado políticamente, España abre y explora de nuevo el laboratorio más extraordinario del universo. Aventureros, marinos, botánicos, geógrafos, dibujantes al frente de hombres como Mutis, Malaspina, Elizalde, Gil de Lemos, Balmis, Iturriaga o Perler entre otros, hicieron posible el avance de la ciencia en nuestro país durante el siglo XVIII. De 1735 a 1807 se emprendieron más de cuarenta y una expediciones en las que América ocupó el puesto más relevante, de la Patagonia a Norteamérica se recorrió el continente con finalidades geoestratégicas, hidrográficas, profilácticas o naturalistas<sup>16</sup>.

---

13. Aguilar Piñal, Francisco, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*. Madrid, CSIC, 1981-1995, 8 vols.

14. *Marroquíes* de Mariano Fortuny (1838-1874). Museo del Prado.

15. Said, Edward, *Orientalismo*. Madrid, Libertarias Prodhufi, 1990, pág. 206.

16. Pino, Fermín del; Guirao, A., «Expediciones ilustradas y Estado español» en Pino, F. del (coord.), *Ciencia y contexto histórico nacional en las expediciones ilustradas a*

### III

Las expediciones científicas encontraron en Cuba el destino ideal durante los siglos XVIII y XIX. Aunque no quisiera detenerme en ellas, no puedo dejar de mencionar la Comisión Real de Guantánamo, más conocida como la expedición del conde de Mopox (1796-1802), la Comisión Científica dirigida por Martín Sessé, que formaba parte de la Real Expedición Botánica a Nueva España (1787-1803), y la Comisión Botánica de Antonio Parra a la isla de Cuba<sup>17</sup>. Estos viajes van a coincidir con uno de los periodos de mayor florecimiento en la isla, los años que abarcan de 1790 a 1840, cuando confluyen una serie de factores políticos y económicos que darían paso a una especie de edad de oro. Cuba emerge de su letargo y se vuelve atractiva, se convierte en un destino demandado por alemanes, británicos y estadounidenses, pasa de ser un isla posada, de un puerto de paso en el Caribe, a un territorio para visitar, con hermosos y extensos valles, y empaparse de sus colores y olores, donde la calidez de sus gentes y el sincretismo de varias culturas cautivaban a un viajero ansioso de nuevas experiencias.

---

América. Madrid, CSIC, 1988, págs.19-69, pág. 69. Son muchos los libros publicados sobre este tema pero para tener una visión completa del mismo véase: Sellés, M.; Peset, J.L.; Lafuente, A. (comp.), *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*. Madrid, Alianza, 1988; Díez, A.R.; Mallo, T.; Pacheco, D.; Alonso, A. (coords.), *La ciencia española en ultramar. Actas de las I Jornadas sobre «España y las expediciones científicas en América y Filipinas»* Aranjuez, Doce Calles, 1991.

<sup>17</sup>. Puig-Samper, M.A., «La exploración científica de Cuba en el siglo XVIII». *Arbor* 547-548 (Madrid, 1991) 55-82. Sobre estas expediciones cabe destacar Gomis, A., «Las ciencias naturales en la expedición del conde de Mopox a Cuba» en *La ciencia española..., ob. cit.*, págs. 309-319; Guirao de Vierna, A., «La Comisión Real de Guantánamo en el marco de las expediciones españolas a América» en Naranjo, C.; Mallo, T. (eds.), *Cuba. La perla de las Antillas. Actas de las I Jornadas sobre «Cuba y su Historia»*. Aranjuez, Doce Calles-CSIC, 1994, págs. 85-89 y *Las flores del paraíso..., ob. cit.*

La *sacarocracia* cubana, que basaba su poder económico en el sistema de plantación y en su colaboración con la administración española, pronto reclamará una serie de reformas, la fundación de las primeras sociedades económicas de Amigos del País en Santiago y La Habana difunden sus atractivos objetivos por toda la isla y se fundan delegaciones en Puerto Príncipe, Santa Clara y Matanzas. La Sociedad de Santiago –la primera de todas las sociedades americanas– se crea en 1787, pero cierra sus puertas en beneficio de la sociedad habanera, creada en 1792. A partir de este momento, la Sociedad aglutinó los intereses de las élites criollas y peninsulares e inició una actividad excepcional que abarcaba desde las escuelas gratuitas hasta los gabinetes anatómicos; ninguna faceta de las artes o las ciencias pasaría desapercibida para los Amigos cubanos. La Sociedad intensificó esfuerzos para llegar donde antes no se había llegado, para resolver y mejorar integralmente los problemas que acuciaban a los ciudadanos de la isla, como la construcción de caminos o el aumento de plantaciones de café, el crecimiento de la producción de azúcar o tabaco y el cuidado de la mano de obra esclava; nada escapaba a sus preocupaciones<sup>18</sup>.

La institución se hizo indispensable en el engranaje estructural de la colonia. Tal vez la significación empírica de su propia existencia es que respondía a las necesidades de ese hombre de las luces, ilustrado, que contestaba a la pregunta formulada por Kant: *Was ist Aufklärung?* La Sociedad sería la amalgama de la ciencia, la experimentación, el enciclopedismo, la filantropía y el cosmopolitismo, conceptos necesarios para armar el esqueleto de la Ilustración en Cuba. Los criollos y los peninsulares bajo la tutela y el apoyo del capitán general Luis de las Casas afianzaron sus intereses alrededor de la institución patriótica y dieron cabida a las

---

18. Álvarez Cuartero, Izaskun, *Memorias de la Ilustración: Las Sociedades Económicas de Amigos del País en Cuba (1783-1832)*. Madrid. Delegación en Corte de la RSBAP, 1999. Sobre este período véase: González-Ripoll, M<sup>a</sup> Dolores, *Cuba, la isla de los ensayos. Cultura y sociedad (1790-1815)*. Madrid, CSIC, 1999.

ideas más avanzadas, siempre dentro de los límites que imponía el sistema esclavista. Los viajeros que llegaban a La Habana con ciertas inquietudes intelectuales entraban en contacto de inmediato con los Amigos del País, estos los acogían con entusiasmo y prestaban su ayuda al forastero deseoso de incrementar sus conocimientos sobre la isla.

#### IV

Uno de los primeros extranjeros arropados por los socios fue Alexander von Humboldt, el barón y Bonpland llegaron en diciembre de 1800 y se hospedaron en las casas de los Cuesta y del conde de O'Reilly: «fueron atendidos por lo más granado de la sociedad habanera de la época, siendo agasajados por el intendente José Pablo Valiente, el marqués de casa Calvo, los condes Mopox y de Jaruco [...] así como Francisco de Arango y Parreño»<sup>19</sup>. El resultado de la visita de Humboldt fue el *Ensayo político de la isla de Cuba* (1826), la obra recogía un completo análisis geográfico, climático, económico y social y prestaba una atención especial al sistema esclavista, del que dice «es sin duda el mayor de todos los males que han afligido la humanidad, ya se considere al esclavo arrancado de su familia en el país natal, y metido en los depósitos de un buque negrero, ya se le considere como que es parte de un rebaño de hombres negros apriscados en el territorio de las Antillas»<sup>20</sup>. Humboldt consultó varios papeles redactados por las comisiones de la Sociedad para hacerse una idea exacta de la situación de los esclavos y del comercio, además de los datos que le proporcionaría Andrés de Jáuregui y Antonio del Valle —ambos amigos de número— sobre población y agricultura de la isla. De

---

<sup>19</sup>. Humboldt, A. de, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. Edición a cargo de Consuelo Naranjo, M.A. Puig-Samper, A. García, Valladolid-Aranjuez, Junta de Castilla y León-Doce Calles, 1999, pág. 41.

<sup>20</sup>. *Ibidem...*, págs. 301-302.

esta visita y del agradecimiento por sus aportaciones científicas a la divulgación y conocimiento internacional de Cuba fue su nombramiento como Amigo honorario de la Real Sociedad Económica de La Habana<sup>21</sup>.

Antes de la llegada del científico prusiano, el viaje por el interior de la isla había reclamado la atención del profesor de la universidad de San Jerónimo Nicolás Joseph de Ribera. Su *Descripción de la isla de Cuba con algunas consideraciones sobre su población y comercio*<sup>22</sup>, escrita en 1760, es la primera obra en despertar el interés de los criollos por su país ya que, hasta la segunda mitad del siglo XVIII, no se han localizado otras relaciones o descripciones salvo *La visita eclesiástica* del obispo Morell de Santa Cruz, iniciada en 1755 y finalizada dos años después<sup>23</sup>. Aunque por cuestiones cronológicas Ribera no perteneció a la Sociedad –su fecha de fallecimiento es anterior a su fundación– ha legado una obra que ejerció una gran autoridad entre los jóvenes habaneros, que recurrían a sus páginas como única referencia historiográfica. La *Descripción* sirvió de punto de partida para la redacción de una historia de Cuba, emprendida por la sección correspondiente de la Sociedad habanera en 1830, que quedó sin concluir. Los capítulos dedicados al gobierno, comercio, fortificaciones y tribunales de justicia, entre otros temas, suceden a un segundo grupo de epígrafes que tratan sobre las reformas necesarias en la colonia para su prosperidad. Las páginas escritas por el autor santiaguero están plagadas de decenas de datos hasta ese momento jamás recogidos por ningún observador; de sus gentes dice: «sólo han quedado, para memoria de los antiguos dueños de la Ysla, los pocos indios que havitan en San Luis

---

21. Álvarez Cuartero..., *ob. cit.*, pág. 389.

22. Ribera, Nicolás Joseph de, *Descripción de la isla de Cuba*. Edición a cargo de Olga Portuondo. La Habana, Ciencias Sociales, 1986; contamos con otra edición a cargo de Hortensia Pichardo. La Habana, Ciencias Sociales, 1973.

23. Morell de Santa Cruz, Pedro Agustín, *La visita eclesiástica*. Edición a cargo de César García del Pino. La Habana, Ciencias Sociales, 1985.

de los Canelles y Jiguaní. Porque aunque en algunos otros pueblos se ven tales quales descendientes de ello, son mestizos y bien pocos»<sup>24</sup>. En relación con el azúcar anticipa tímidamente su provecho mercantil:

«el azúcar es otro ramo importantissimo que compite con el tabaco, y que puede hacer florecer su comercio en todo el Mundo. Solo se trae á España la que se fabrica en el territorio proximo á la Havana. Y de la Trinidad y de Cuba, se llevan algunas porciones á la tierra firme. Pero no esta sembrada de caña la milesima parte de sus tierras propias á este cultivo»<sup>25</sup>.

Apenas se hace mención en estos relatos de las circunstancias en que se emprenden los viajes de reconocimiento, el tipo de transporte utilizado o el estado de las carreteras y del hospedaje. Nos consta por las *Memorias* de la Sociedad que «todos se quejan de malos caminos: todos conocen las utilidades y las comodidades que les proporcionaría el tenerlos buenos; pero todos quieren gozar de ellos sin desembolsar un real»<sup>26</sup>. Las infraestructuras supusieron serios quebraderos de cabeza para los ingenieros cubanos, tenían que afrontar la conservación de los pavimentos bajo condiciones climáticas tan desastrosas como las lluvias tropicales y el desbordamiento de los ríos. En 1833 el fraile Hipólito Sánchez Rangel redactaba un diario de la *Visita pastoral del obispo Díaz de Espada y Landa* por los pueblos y ciudades de la jurisdicción de La Habana en 1804, el testimonio del ayudante ofrece datos valiosos sobre el estado del transporte en el interior:

---

24. Ribera..., *ob. cit.*, pág. 141.

25. *Ibidem*, pág. 158.

26. *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Havana* (1795), pág. 105.

«...a las 4 de la tarde salimos para Guanabacoa. Aunque por el camino no deja de haber algunas vistas buenas de potreros, estancias y hatos, no es comparable con la de Managua y el Calvario, y todo lo más de él son bajos pantanos, y bastante incómodos para el tránsito de las volantas. La del Alcalde de Santa María que nos acompañaba con el ayuda de Cámara de S.S. Iltma, se hizo mil pedazos y quedó inservible a causa de los barro secos del camino que aparecían como huecos por el mucho sol después de haber llovido»<sup>27</sup>.

El impulso económico que se experimentaba desde 1790 por la caída de los mercados azucareros haitianos requeriría la renovación y trazado de nuevas vías para el transporte de las melazas y azúcares desde los ingenios al puerto habanero. La Sociedad, atenta a los demandas de los hacendados —principales perjudicados por esta situación—, convocó un concurso de proyectos para la mejora de los caminos. Uno de los informes presentados fue escrito por José Antonio Saco, el intelectual más influyente en este periodo junto a Francisco Arango y Parreño, que conseguiría el nombramiento de socio de mérito por la elaboración de esta memoria. Saco examinaba minuciosamente el problema y comparaba el caso cubano con el de Nueva York; también sabemos por la memoria que de La Habana a Baracoa había 315 leguas y a Santiago 237 y que las reformas sólo podían ser realizarse con un esfuerzo integral de las instituciones y de los hacendados, principales usuarios de estos caminos<sup>28</sup>.

---

27. «Visita pastoral del obispo Díaz de Espada en 1804 según el relato de fray Hipólito Sánchez Rangel» en *Obispo Espada. Ilustración, reforma y antiesclavismo*. Edición a cargo de Eduardo Torres-Cuevas. La Habana, Ciencias Sociales, 1990, págs. 170–203, pág. 175. El testimonio fue escrito por el fraile en Lugo en 1833.

28. «Memoria sobre los caminos en la isla de Cuba por Don José Antonio Saco, premiada por la Real Sociedad Patriótica de La Habana e impresa en sus Memorias en 1830, y también en Nueva York» en *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba*. París, Impr. de D'Aubusson y Kugelman, 1858, págs. 58-122. Se incluye un «Extracto de las leyes itinerarios del Estado de Nueva York», págs. 123-167.

El obispo Juan José Díaz Espada, que era alavés de nacimiento, llegó a ser uno de los hombres más influyentes de La Habana –socio de número y director de la Sociedad en 1807–. Durante su gobierno Espada fue conocido por la defensa de los proyectos en los que estuviera implicado el desarrollo de las ciencias, en particular los concernientes a la salud pública, probablemente estas inquietudes nacerían de haber padecido en sus viajes las malas condiciones del hospedaje:

«Esta casa era pobre, desaseada, y poco servible, su construcción de cujes y guano con tres habitaciones ancianas en extremo, por cuyo motivo, faltándole la carne a las paredes, se le veían los huesos, y por partes parecía una celosía. Padecimos aquí un extraordinario frío, poco conocido en esta tierra el que además y de los Nortes que lo formaban, contribuyó mucho el desabrigo de la casa. También fuimos molestados de una infinidad de ratas que apenas nos dejaban dormir, subiéndose sobre la cama y teniéndonos en un continuo sobresalto toda la noche, sin hallar medio de podernos evadir de semejantes animales»<sup>29</sup>.

En el interior, los medios de transporte más habituales eran la mula y el caballo por su rapidez y la volanta por la comodidad del carruaje, aunque tenía el inconveniente de la lentitud, por ejemplo, se tardaba en recorrer una legua una tarde entera tal como escribe Sánchez Rangel: «salimos en efecto el Sr. Obispo y yo de la ciudad de La Habana [...] a las cuatro de la tarde, y fuimos a hacer noche a Jesús del Monte»<sup>30</sup>, un barrio cercano a la capital. Las volantas y quitrines eran los vehículos usuales para desplazarse por los paseos de las ciudades más populosas, el paseo del Prado en La Habana sufría atascos diarios a la hora del paseo, la condesa de

---

29. *Obispo Espada...*, *ob. cit.* págs. 178-179.

30. *Ibidem*, pág. 170.



Merlin<sup>\*</sup>, hija de los condes de Jaruco y Mopox y sobrina del conde de Casa Montalvo –ambos ligados desde su fundación a la Sociedad– y una de las pocas mujeres que escribió sus experiencias viajeras en La Habana, describiría magistralmente en su diario de viaje una de estas escenas vespertinas:

«Los quitrines cruzan en todas direcciones, y las calles ofrecen un aspecto tan animado como placentero. Entonces es cuando las mulas y los caballos rivalizan en ligereza, y cuando se ve pasar como una exhalación en su volanta a las jóvenes habaneras de blanca frente y de negros ojos, bañadas en la claridad de la luna de los Trópicos. [...] Las calles se pueblan bien pronto de quitrines, carruaje particular de nuestra isla, y demasiado curioso para no describirlo. Lo que primero se ve es un negro y dos ruedas; las ruedas sostienen una especie de cabriolé de caja muy baja; el negro va magníficamente vestido y montado en una mula. [...] Los quitrines se vuelven con dificultad; pero gracias a la inmensidad de sus ruedas no se vuelcan ni aun en los peores caminos. [...] El quitrín o la volanta, con su carácter particular, su extravagante conductor y su mula al trote, tienen alguna cosa de misterioso y de singular que recuerda la góndola de Venecia»<sup>31</sup>.

---

\* María de la Merced Santa Cruz y Montalvo (La Habana, 5 febrero 1789–París, 31 marzo 1852) primera hija de los condes de Casa Jaruco y Mopox. En 1802 se trasladó a Madrid, en su casa se celebraban reuniones artísticas y literarias. En 1809 se casó con el general francés Cristóbal Merlin, del que recibió el título, en 1812 parte hacia París a causa de la guerra. Allí estableció relaciones con Balzac, Liszt, George Sand, etc. Entre sus obras destacan: *Mes douze premières années*. París, Impr. de Gaultier-Laguiole, 1831; *Les esclaves dans les colonies espagnoles*, París, Impr. de H. Fournier, 1841 y *Lola et Maria*. París, L. de Poetter, libraire-éditeur, 1845, 2 vols.

<sup>31</sup>. Merlin, Condesa de, *Viaje a La Habana*. La Habana, Arte y Literatura, 1974, págs. 208-210. Se editó por primera vez como: *La Havane, par Madame la Comtesse Merlin*. París, Libraire d'Amyot, 1844, 3 vols.

El abrupto relieve de la isla obligaba a los viajeros, en especial a los extranjeros, a la contratación de un guía, tal es el caso del reverendo Abiel Abbot\*: «con un guía español conocedor del camino, nos pusimos en marcha [...] y llegamos al pueblecito de La Mocha en la que paramos en un buen hotel»<sup>32</sup>. Abbot viajó a Cuba para reponerse de sus enfermedades y se trasladó por el interior, visitó haciendas azucareras y cafetaleras cuyos propietarios eran amigos del país. Él fue uno de los primeros estadounidenses en ensalzar las ventajas del clima isleño:

«Ante todo, he de confesar que la isla ejerce influencia benéfica sobre mi salud. Esta ha sido la semana en que me he sentido mejor desde que salí de Nueva Inglaterra. No me he pesado desde que abandoné Charleston; pero duermo bien, estoy alegre y sereno y mi apetito es magnífico. Por eso me siento compensado de las molestias del viaje y contento, aunque la tos no haya desaparecido, y la salud no esté recuperada por completo»<sup>33</sup>.

Después de Abbot, otros personajes llegarían a la isla en busca de una mejor salud, tal es el caso de John Wurdemann, médico del sur de Carolina, recorrió Cuba en 1840 también con la esperanza de recuperarse

---

\* Abiel Abbot (Andover, 17 de agosto de 1770–Nueva York, 1828). Era párroco de la Iglesia Congregacional de Beverly (Massachusetts), curso estudios en la Universidad de Harvard. Su falta de salud le lleva hasta Charleston (Carolina del Sur) desde la cual embarca hacia Cuba en 1828, a su vuelta muere en el barco durante su cuarentena en el puerto de Nueva York.

<sup>32</sup> *Cartas escritas en el interior de Cuba, entre las montañas de Arcana, en el este, y las de Cusco, al oeste, en los meses de febrero, marzo, abril y mayo de 1828* por el extinto Rev. Abiel Abbot, doctor en Teología, pastor de la Primera Iglesia de Beverly, Massachusetts. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1965, pág.162. En La Habana se alojaría en el Hotel Madrid, véase: pág. 173.

<sup>33</sup> *Ibídem*, pág. 43.

de una tuberculosis<sup>34</sup>; es a partir de la mitad del siglo XIX cuando cobra fama generalizada de sus beneficios terapéuticos.

Cuba no dejaba de resultar un destino exótico, un tanto salvaje para los visitantes del norte, Abbot traza con sus descripciones el tópic que todo turista tenía sobre lo latino, también es verdad que el reverendo –de estricta educación puritana– despreciaba el catolicismo, al que ligaba el retraso y el oscurantismo de las sociedades latinas. A pesar de lo pacato de alguna de sus observaciones, sus cartas resultan excepcionales. Lo que más le llama la atención nada más desembarcar en Matanzas era encontrar a la gente armada y el aspecto de los españoles que, según el reverendo, causan hilaridad a un viajero del norte: «se diría que todo tiene cierto aire carnavalesco, que la mascarada es incesante y que unos y otros se esfuerzan en divertirnos con lo extravagante y estrámbotico de su apariencia. Aquí [Matanzas], por ejemplo, deambula un caballero calzado con una sola espuela en la bota»<sup>35</sup>.

En palabras de Abbot la moral de los clérigos dejaba mucho que dese- ar, se escandalizó por las costumbres disipadas de los sacerdotes: «muy pocos de ellos se ruborizan cuando se les toca ese tema, ni creen neces- ario explicar que su ama de llaves es una hermana o una prima, y que los que juegan en la casa son sobrinas o sobrinos suyos»<sup>36</sup>. La hospitalidad española le llamó la atención, y también como ahora el uso indiscrimina- do del ajo para condimentar casi todos los platos y el abuso del vino cla- rete. Exploró con morbosidad los dos grandes vicios de los cubanos, que, según él, eran las peleas de gallos y las corridas de toros, a las que tilda- ba de «bárbaras diversiones». La descripción y conducta de los esclavos

---

34. Wurdemann, J.G.F., *Notes on Cuba. Containing an Account of its Discovery and Early History; A Description of the Face of the Country, its population, Resources, and Wealth; its institutions, and the Manners and Customs of its Inhabitans. With Directions to Travellers Visiting the Island.* By a Physician. Boston, James Munroe and Co., 1844. Es una edición facsimilar de Arno Press & The New York Times, 1971.

35. Abbot..., *ob. cit.*, pág. 22.

36. *Ibidem*, pág. 38.

y esclavas, incluso el relato de un accidente en un trapiche con la amputación de varios dedos de la mano a un hombre, le llenan de horror y asombro trazando la siguiente escena:

«...la mano del hombre que estaba alimentando los trapiches, de retorno fue cogida entre ellos, siéndole triturados los dedos y el pulgar casi hasta la coyuntura de la palma de la mano, antes de que pudieran detenerse las yuntas de bueyes. Había perdido el pulgar y los demás dedos no estaban en mejores condiciones»<sup>37</sup>.

Abbot curioseó en todos los lugares, describió a gentes, pueblos, haciendas, ingenios, bateyes, cafetales e iglesias; en una de sus cartas escribió una sugerente reflexión sobre los vascos y los catalanes:

«...te diré que hay un considerable número de catalanes y vizcaínos en la isla y observo que tienen poco del carácter que hemos generalmente asignado a los españoles. Llegan pobres, comienzan en una tiendecita de seis u ocho pies cuadrados; se alimentan con un pedazo de pan y prosperan y se hacen ricos por su paciencia, industria y economía; y, a diferencia de los yanquis, nunca fracasan»<sup>38</sup>.

La ciudad de La Habana, «tan populosa y tan culta», como escribiera Sánchez Rangel, soportaba a menudo el caos circulatorio, el ordenamiento urbano resultaba obsoleto en un entramado comercial cada vez más pujante y las angostas puertas de la muralla eran insuficientes para admitir el tráfico terrestre que se originaba con destino al puerto. Abbot se quedó perplejo ante la escena de cientos de mulas entrando masivamente en la ciudad:

---

37. *Ibidem*, pág. 67.

38. *Ibidem*, pág. 152.

«Como los caballos nos esperaban fuera de las murallas fuimos a pie un corto trecho, hasta la puerta del oeste, que encontramos congestionada con un tropel de mulas cargadas, cientos de ellas, quizás miles, moviéndose pesadamente bajo el peso de sus cargas, se apretujaban buscando un hueco por donde pasar, levantando una polvareda sofocante. Iban arriatadas en largas filas, cada fila a cargo de un arriero. Mi bien informado amigo me hizo la observación que diariamente entraban en la ciudad de diez mil a quince mil»<sup>39</sup>.

Los accidentes de circulación por embriaguez de los caleseros eran corrientes, al igual que las riñas por alcohol entre esclavos de las plantaciones que eran rigurosamente castigados por los amos:

«Los daños son manifiestamente muchos y grandes. Para remediarlos, algunos amos y administradores castigan la embriaguez con extrema severidad, lo cual, sin embargo, no impide la repetición del delito, ya que la tentación, una vez que el hábito de beber se ha formado, es irresistible»<sup>40</sup>.

De estos espectáculos deduce que la severidad del castigo no impide la repetición del delito, se detiene en explicar las diferencias existentes entre los castigos a los esclavos y los infringidos en las familias criollas. Describe minuciosamente la utilización del cepo:

«El cepo está formado por dos gruesos tablones con unos agujeros suficientemente grandes como para que abarquen las canillas de las pantorrillas, la mitad cortada en el tablón superior y la otra mitad en el inferior, sujetándose ambos tablones por los extremos. Anexo a este dispositivo para inmovilizar las piernas —el cual se

---

<sup>39</sup>. *Ibidem*, pág. 191.

<sup>40</sup>. *Ibidem*, pág. 223.

extiende de un lado a otro de la habitación— hay una cama con su ropa y almohadas, para que los delincuentes puedan estar acostados sin dolor innecesario y meditar durante ese trance»<sup>41</sup>.

Dominaban un amplio sector de la producción editorial sobre viajes las guías, agendas imprescindibles para moverse y descubrir las particularidades de los países visitados. Las guías de forasteros o calendarios manuales —que es como se denominaban— comenzaron a publicarse en Cuba a partir de 1781<sup>42</sup>. La Sociedad se encargó de su redacción a partir de 1793 y aprovechaba las últimas páginas para imprimir el listado de todos sus socios. Proporcionaban una información variopinta que cubría perfectamente las habituales dudas y necesidades del viajero: una reseña histórica sobre el país, cuadros astronómicos, fiestas anuales, horarios de salida de buques, monumentos, establecimientos culturales y número de escuelas, también se adjuntaba en la solapa del lomo un mapa de Cuba y un plano de la ciudad<sup>43</sup>. La tirada de la guía no era elevada si las comparamos con las ediciones de otras guías de la época, como las Meyer o las Murray; el número de ejemplares publicados en 1795, por ejemplo, era de unos 400, dos tercios de los cuales se remitían a América y Europa<sup>44</sup>. Los diarios, como el *Papel Periódico de La Habana*, publicaban información

---

41. *Ibidem*, pág. 214.

42. Bachiller y Morales, Antonio, *Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública en la isla de Cuba*. La Habana, Cultural, 1937, 3 vols.

43. Álvarez..., *ob. cit.*, pág. 214–217.

44. Biblioteca Nacional José Martí [BNJM] *Documentos varios de la Guía de Forasteros*, 1794. La editorial Murray editó auténticos éxitos editoriales sobre viajes que en ocasiones alcanzaban varias tiradas. Las guías de España tuvieron afamadas ediciones como las de Alexandre S. Mackencie, *A year in Spain. By a young american. In two volumes*. London, John Murray, 1831, 2 vols. o el emblemático libro de Richard Ford, *A Hand-Book for travellers in Spain, and readers at home. Describing the country and cities, the natives and their manners; The antiquities, religion, legends, fine arts, literature, sports and gastronomy. With notices on Spanish history*. Londres, John Murray, 1845, 2 vols.

meteorológica con asiduidad así como la entrada y salida de los buques de la bahía, esta información auxiliaba al extranjero en la planificación de sus traslados; del puerto zarpaban navíos a España, Estados Unidos y otras ciudades de América.

La impresión que producía el puerto de La Habana a los visitantes que lo divisaban por primera vez aparece en la mayoría de los textos analizados. Una de las mejores descripciones es la que nos ha dejado el cónsul británico David Turnbull, activo miembro de la Sociedad mientras permaneció en la ciudad y abolicionista convencido<sup>45</sup>. Su estancia coincidió con una de las etapas más azarosas de la vida de la institución patriótica y que acabaría con su neutralidad política, la disputa entre los esclavistas y abolicionistas durante el mandato del general Tacón en 1834. El grupo criollo, comandado por José de la Luz y Caballero, reforzado por Domingo del Monte, José Antonio Saco y Ramón de la Sagra —todos ellos Amigos del País—, anhelaban la abolición de la trata como medio de acabar con la esclavitud y, progresivamente, con la presencia masiva de la raza negra en la isla, frente al grupo español, favorable al comercio esclavo. Turnbull se percató desde el primer instante de su arribo del emplazamiento de los almacenes de los esclavistas:

«The wharves of the Havana, at which merchant ships discharge their cargoes, are not more extensive than is strictly necessary for the increasing trade of the port. The ships lie while discharging with their stems or sterns to the shore; and in that way thirty six ships of the largest class, and an equal number of coasters, have frequently lain the-

---

45. David Turnbull fue nombrado socio corresponsal, su postura abolicionista le costó la expulsión «anticonstitucional», al ser el grupo esclavista —proespañol— el que se hiciera con la dirección de la Sociedad. José de la Luz envió desde Nueva York en 1842 una carta de protesta, anteriormente el pedagogo dimitió de todos sus cargos, véase: «Oficio despidiéndose de la Sociedad Económica»; «Protesta leída en la sesión de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de La Habana, de 22 de junio de 1842, pidiendo que se declare insubsistente el acuerdo de 28 de mayo anterior referente a la expulsión de Mr. David Turnbull, de dicha Sociedad» y «Discurso de la Sociedad Patriótica» en Luz y Caballero, José de la, *Escritos sociales y científicos*. La Habana, Editorial de la Universidad, 1955, págs. 166-177.

re alongside each other. There is ample space for the extension of these wharves, whenever a further increase of the trade shall require it. On the opposite side of the harbour, at the village of *Casa Blanca*, the notorious resort of the slavers who frequent the Havana, there are also wharves and ship yards, where vessels of all classes may be laid up, fitted out, or repaired, and in the tideway, between, there is space sufficient for several hundred vessels to ride at anchor»<sup>46</sup>.

Humboldt también nos ha dejado su particular visión de esa primera impresión de la ciudad, a la que compara con otras de América del Sur:

«La vista de La Habana, a la entrada del puerto, es una de las más alegres y pintorescas de que puede gozarse en el litoral de la América equinoccial, al norte del ecuador. Aquel sitio, celebrado por los viajeros de todas las naciones, no tiene el lujo de vegetación que hermosea las orillas del Guayaquil, ni la majestad silvestre de las costas rocallosas del Río Janeiro, que son dos puertos del hemisferio austral, pero la gracia que en nuestro clima adorna las escenas de la naturaleza cultivada, se mezcla allí con la majestad de las formas vegetales, y con el vigor orgánico característico de la zona tórrida»<sup>47</sup>.

---

46. [«Los muelles de la Habana, en los que descargan los barcos mercantes, no son mucho más extensos de lo estrictamente necesario para un tráfico portuario en aumento. Los barcos descansan mientras descargan con sus popas en la orilla; hasta 36 barcos de gran calado y un numero igual de barcos de cabotaje atracan frecuentemente uno al lado del otro. Aún más, sigue existiendo en los muelles más espacio para soportar un aumento del tráfico. En el lado opuesto del puerto, en la villa de Casa Blanca, la conocida zona de reposo de los esclavistas que frecuentan la Habana, hay también muelles y astilleros, donde naves de todas clases fondean o pueden ser reparadas y con la marea baja existe espacio suficiente para varios cientos de navíos que quieran atracar»] en Turnbull, D., *Travels in the West. Cuba with notices of Porto Rico, and the Slaves Trade* by \_\_\_\_\_. Corresponding Member of the Royal Academy of History at Madrid, and of the Royal Patriotic and Economical Society at the Havana. London, Printed for Longman, Orme, Brown, Green, and Longmans, 1840. Edición facsimilar de New York, AMS, 1973, págs. 200-201.

47. Humboldt..., *ob. cit.*, pág. 107.



Casi todos los viajeros llegados a La Habana con las más leves inquietudes culturales y científicas contactaban con la Sociedad, se les recibía e intercambiaban conocimientos, siempre con generosidad, explicando sus intenciones para mejorar la realidad del país, de ahí que los visitantes se quedaran perplejos con los avances y el trabajo emprendido:

«La isla de Cuba no tiene grandes y suntuosos establecimientos cuya fundación sea muy anterior a Mejico, pero la Habana posee unas instituciones que el patriotismo de los habitantes, vigorizado por una rivalidad digna de elogio en los diferentes centros de la civilización americana sabrá engrandecer y perfeccionar, cuando las circunstancias políticas y la confianza en la conservación de la tranquilidad interior lo permitan. La sociedad patriótica de la Habana (creada en 1793); las de Santo Espíritu, de Puerto Príncipe y de Trinidad dependientes de ella; la universidad con sus cátedras de teología, de jurisprudencia, de medicina y de matemáticas, creadas desde el año de 1728, en el convento de Padres Predicadores, la cátedra de economía política, fundada en 1818, la de botánica agrícola, el museo y la escuela de anatomía descriptiva, debida al celo ilustrado de D. Alejandro Ramírez [intendente de Hacienda y uno de los valedores de la Sociedad], la biblioteca pública, la escuela gratuita de dibujo y de pintura, la escuela náutica, las escuelas lancasterianas y el jardín botánico, son instituciones en parte nuevas y en parte antiguas, las unas son susceptibles y esperan mejoras progresivas, las otras una reforma total capaz de ponerlas en armonía con el espíritu del siglo y las necesidades de la sociedad»<sup>48</sup>.

Para Hayden White «si el objeto primario del discurso consiste en transmitir un mensaje sobre un referente extrínseco podemos decir que

---

48. *Ibidem*, pág. 214.

predomina la función comunicativa; y el discurso en cuestión habrá de valorarse en función de la claridad de su formulación y de su valor de verdad (la verdad es la información que proporciona)»<sup>49</sup>, esta afirmación es perfectamente aplicable a los relatos de viajes, los historiadores los hemos utilizado como fuente de información de incalculable valor, no obstante la narratividad, la vocación literaria de estos documentos puede ocultar la realidad. Recordaba Todorov en *El hombre desplazado* que el distanciamiento ante un espacio al que se es ajeno, *outsider*, puede provocar a un tiempo fallas de apreciación y visiones enriquecedoras; en concreto dice que donde no reside de forma permanente (y se refiere a Estados Unidos), «al ir como mero visitante, gozo del privilegio que Montesquieu atribuía a sus persas en París [y en ese mismo ámbito dieciochesco, el que Jovellanos asignaba a sus marroquíes en España] (privilegio que tiene, como sabemos, sus inconvenientes: la falta de auténticos, profundos, matizados conocimientos, la falta de intuiciones infalibles)»<sup>50</sup>. Pese a lo cual, ese privilegio del que está «afuera» es único: en la percepción del invitado/intruso radican muchas claves y sentidos del universo que se describe y a menudo logra implicarse en su futuro, ayudando a modelarlo (dicho espacio) a partir de lo visto e intuido. El paisaje, el bullicio de la gente, el clima, en definitiva ese acrisolado espectáculo medioambiental al que asistían los viajeros en Cuba se mezclaba con sus propios sentimientos y, sin duda, sus impresiones afectarían el relato de las experiencias vividas; pero esto no es óbice para que la literatura de viajes siga siendo un elemento plagado de datos que nos permite la reconstrucción de las costumbres, de la mentalidad de los cubanos de los siglos XVIII y XIX; en definitiva son un testimonio esencial para la (re)escritura de la historia, porque en sus textos ya está escrita la historia.

---

49. White, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Paidós, 1992, pág. 57.

50. Todorov, Tzvetan, *El hombre desplazado*. Madrid, Taurus, 1998, pág. 224.

## BIBLIOGRAFÍA

Esta bibliografía recoge la literatura de viajes sobre Cuba de los siglos XVIII y primera mitad del XIX, algunas referencias exceden la cronología elegida para este estudio por lo que no han sido reseñadas en el texto.

Abbot, A., *Letters written in the interior of Cuba between the mountains of Arcana, to the East, and of Cusco, to the West, in the months of February, March, April and May, 1828*. Boston, Bowles and Dearbonr, 1829. Existe traducción al español: *Cartas escritas en el interior de Cuba, entre las montañas de Arcana, en el este, y las de Cusco, al oeste, en los meses de febrero, marzo, abril y mayo de 1828* por el extinto Rev. Abiel Abbot, doctor en Teología, pastor de la Primera Iglesia de Beverly, Massachusetts. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1965.

Alexander, J.E., *Transatlantic Sketches*. Londres, Richard Bentley, 1833, 2 vols.

Baird, R., *Impressions and Experiences of the West Indies and North America in 1849*. Filadelfia, Lea and Blanchard, 1850, 2 vols.

Ballou, M.M., *History of Cuba; or, Notes of a Traveller in the Tropics*. Boston, Phillip Samson and Co., 1854.

Bremer, F., *The Homes of the New World: Impressions of America*. Nueva York, Harper and Bro., 1853.

- Costumbristas cubanos del siglo XIX*. Edición de S. Bueno. Caracas, Ayacucho, 1985.
- Dana, R.H., *To Cuba and Back: A Vacation Voyage*. Boston, Ticknor and Fields, 1860.
- Gala, I., *Memorias de la colonia francesa de Santo Domingo, con algunas reflexiones a la isla de Cuba, por un viajero español*. Madrid, Impr. Hilario Santos Alonso, 1787.
- Gurney, J.J., *A Winter in the West Indies*. Londres, John Murray, 1841.
- Howe, J.W., *A Trip to Cuba*. Boston, Ticknor and Fields, 1860.
- Humboldt, A. von, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. Edición de C. Naranjo, M.A., Puig-Samper y A. García. Valladolid-Aranjuez, Junta de Castilla y León-Doce Calles, 1999.
- Hurlbert, W.H., *Gan-Eden; or, Picture of Cuba*. Boston, John P. Jewett and Co., 1854.
- Jameson, R.F., *Letters from the Havana, during the year 1820*. Londres, John Miller, 1821.
- Kimball, R.B., *Cuba and the Cubans*. Nueva York, Samuel Hueston, 1850.
- Madden, R.R., *The Island of Cuba*. Londres, C. L. Gilpin, 1849.
- Merlin, condesa de, *La Havane, par Madame la Comtesse Merlin*. París, Libraire d' Amyot, 1844, 3 vols. Existe traducción al español: *Viaje a La Habana*. La Habana, Arte y Literatura, 1974.
- Morell de Santa Cruz, P.A., *La visita eclesiástica*. Edición de C. García del Pino. La Habana, Ciencias Sociales, 1985.
- Pérez de la Riva, J., *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por tres extranjeros*. La Habana, Ciencias Sociales, 1981.
- Salas y Quiroga, J., *Viajes*. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1964.
- Tudor, H., *Narrative of a Tour in North America, Comprising Mexico, the Mines of Real del Monte, the United States, and the British Colonies with an Excursion to the Island of Cuba*. Londres, James Duncan, 1834, 2 vols.
- Turnbull, D., *Travels in the West. Cuba with notices of Porto Rico, and the*

*Slave Trade* by \_\_\_\_\_. Corresponding Member of the Royal Academy of History at Madrid, and of the Royal Patriotic and Economical Society at the Havana. Londres, Printed for Longman, Orme, Brown, Green, and Longmans, 1840.

«Visita pastoral del obispo Díaz de Espada en 1804 según el relato de fray Hipólito Sánchez Rangel» en *Obispo Espada. Ilustración, reforma y antiesclavismo*. Edición de E. Torres-Cuevas. La Habana, Ciencias Sociales, 1990.

Wurdemann, J.G.F., *Notes on Cuba. Containing an Account of its Discovery and Early History; A Description of the Face of the Country, its population, Resources, and Wealth; its institutions, and the Manners and Customs of its Inhabitans. With Directions to Travellers Visiting the Island. By a Physician.* Boston, James Munroe and Co., 1844. Existe traducción al español: *Notas sobre Cuba*. La Habana, Ciencias Sociales, 1989.

## SELECCIÓN DE TEXTOS

Nicolás Joseph De Ribera

### DESCRIPCIÓN DE LA ISLA DE CUBA CON ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE SU POBLACIÓN Y COMERCIOS (1756)

De su fertilidad y frutos

...Toda la Ysla esta cubierta de florestas y bosques siempre verdes, que la hermoSean mucho. Por partes abunda en sábanas que son dehesas pingues, que producen mucho pasto de ganados. Su inmensa arboleda es, ó frutifera ó de preciosas maderas. Su tierra es feracissima, lleva bien trigo, arroz, millo, maíz, garvanzos, chicharos, guandules, cavalleros; congos, judías, con otras mil especies de frixoles y, generalmente quanto granos se conocen.

Abundan mucho la Yucañames, gengibre, batatas, jicamas, y otras raíces sabrosas é importantes. Son muchas las especies de sus frutas, saludables y grandes; quales son piñas, simarronas, y de Cuba, mameyes, sapotes, dominicos, y colorados, platanos machos, embras, y guenos, papayas, aguacates, guanabanas, mamones, anónes, nísperos, caymitos, jaguas, guayabas, (de diversissimas especies); cocos, corojos, granadas,

naranjas, y limones; también de muchas especie; y en abundancia extremas, Cidras, limas, toronjas, melones, sandías, pepinos, cohombros, y una infinidad de frutas pequeñas, como datiles, ubas, ciruelas, jovos, &<sup>a</sup>. Las calabazas de todo genero son abundantissimas, y generalmente toda esta llena de frutas, semillas y otras producciones gustosas y de buen alimento. La caña dulce se da con gran abundancia en todas partes: el tabaco es comun: el añil lo produce la tierra sin sembrarlo. Viene buen el café. El cacao con bastante prontitud etc. Crianse las bacas y caballos de la raza de Andalucia con tal abundancia, que en muchas partes los hay sin dueños, y en todas andan sin pastos. Los cerdos son infinitos, y de mejor gusto que en España.

También hai ovejas, pero pocas, por que siendo tan delicadas necesitan del cuidado y pasto que alla no se husan: hai burras y mulas mui fuertes. También hai cabras, y en fin cualquiera especie de animales produce allí, con abundancia.

De aves domésticas, hai pavos reales y comunes, patos, gallinas y pichones.

De la de caza y grandes, las que llaman gallinas de Guinea, mui sabrosas, los cocos y los guariados. Las cayamas, los flamencos, las guananas, y las grullas, las palomas (de muchisimas especies) las perdices, los patos, de tres clases, las yaguasas y otras diferentes.

Hermosean sus selvas, los pericos, ó papagayos, en abundancia extrema, los cateyes, las guacamayas, cuyos pichones son mui sabrosos, los carpinteros reales, los torolocos, y otra infinidad de plumas y colores brillantes y raros.

Toda la Ysla por lo común, esta regada de rios y arroyos perennes de buena agua, por cuja razon ni se solicitan las fuentes, y abundan los Pueblos de ella, excepto el Puerto del Principe que no la tiene cerca, y se vale de unas lagunitas; y la Havana que usa por mejor de la de sus algives, Las costas abundan de sal, y sus mares, y rios de pezes gustosos. Hay bastante minerales sin beneficio. Asi lo muestran las grandes minas de cobre que á cuatro leguas de Cuba se abrieron antiguamente; y aun se ven abier-

tas.— Y algunos torrentes de Holguin que llevan granos de oro finissimo, de cuja cosecha viven muchos de aquel vecindario.

La de majagua y el Jaguei, que suplen al uso comun por cañamo son abundantes. El iarei iuraguama pita, y otras especies semejantes qe sirven para sombreros, petates, y otros usos del pais, sobran en todas partes. Las palmas reales qe entre muchas cosas sirven para cubrir y abrigar las casas pobres, y del campo, las hai por donde quiera. Y asimismo los bexucos que son unas cuerdas de madera blandas, y naturales, qe suplen por cuerdas y clavos de artificio. En fin es una tierra fecundissima, en todo genero de producciones estimables para el uso humano.

No tiene animal ponzoñoso, ni fieras. Solo perjudican al ganados los perros que llaman jivaxos, qe son descendientes de los mansos qe se llevaron de España y qe pudieron por su abundancia levantarse y vivir libres en bosques tan preciosos y pingues, donde si le faltan carnes, sobran frutas para alimentarse y estar independientes. En muchos estexos del mar y en los rios grandes de crian Caimanes, y en la sonda que corre desde Jagua hasta sotavento de Batavanó, Cocodrilos, pero rara vez hacen daño...

### **VISITA PASTORAL DEL OBISPO DÍAZ DE ESPADA EN 1804 SEGÚN EL RELATO DE FRAY HIPÓLITO SÁNCHEZ RANGEL**

...Salimos de Tapaste con dirección a Jaruco el 16 de enero de 1804 a las siete de la mañana. Nos acompañó el cura, que lo es párroco nuevamente, el capitán del Partido y otros de aquel pueblo. A la legua vimos la casa más admirable y vistosa que puede producir el arte y la naturaleza: un agregado de prodigios. Estos son unas montañas escarpadas, que para describir todas sus circunstancias, necesitaban otra pluma que la mía. Se ven primeramente a la mano derecha del camino hacia el Oriente, y el nacimiento de una monstruosísima Sierra cuatro hendeduras que forman un semicírculo hacia el centro de la misma Sierra y suspendiéndose unas a otras por la parte del camino. Estas se admiran con distinción y en un



aspecto el más agradable, vestidas de todo género de plantas, una altas, otras bajas, entretejidas de flores y allá en lo profundo se ven los peñascos pendientes entre palmas, plátanos y todo género de monte alto y bajo, representando aquel todo de maravillas la magestuosa idea de los templos de las musas y el encanto que los poetas donó a los templos de los Dioses.

Siguiendo el camino nos introduce blandamente por un delicioso embeleso, para cuya pintura no basta ni el pincel de un Apeles, ni la expresión de un Físantes, ni lo sentimientos de un Metastasio. Nos vimos llenos de admiración y de un sagrado entusiasmo dentro de una obra que forma dos soberbias montañas, cuyas cimas parecían quererse desgajar sobre nosotros ¡Ah! ¡qué sitio tan respetuoso! ¿Qué bosques tan bien formados cuya sombra opaca excita insensiblemente la contemplación del caminante! ¡Qué distintos países tan llenos de majestad y de variedades! Las duras rocas en abundancia y como aporfiá quieren encaramarse las unas sobre las otras. Todo el frontispicio de las dos montañas, a la manera de firmísimas murallas se ve adornado con infinidad de peñascos escarpadísimos entre los cuales, y por sus agujeros se admira un sin número de distintas plantas cuya hermosura, variedad y lozanía conduce a un maravilloso encanto. Su altura, desde la superficie del camino acompañado de un monte espeso hasta la cima, puede ascender a la de ochenta o cien varas, la que comenzando desde abajo con desigualdad en varios pisos y montecitos hace más agradable y hermosa la vista. Por otras distancias y hendeduras, en el medio y al pie de dichos montes se registran bocas de cuevas horrorosas, que asustan; el pavor y el entusiasmo al paso que producen un respeto el más silencioso y lisonjero nos entretiene. Son infinitos los puntos de vista que se reconocen mirando a los cuatro vientos y a su inmensa mole. Todo es un conjunto de maravillas tan extraordinarias y raras, que al más diestro pintor le faltarían colores para dibujar aquel embeleso de la naturaleza.

Salimos de este sitio con bastante dolor después de haber gustado algunos momentos en la consideración de un prodigio de tal tamaño y avistamos a una hermosa llanura cubierta de caña de azúcar hacia el Oriente y conduciéndonos el camino por la orilla de una cordillera de montes pro-

cedentes de los anteriores que miran al occidente. Siguiendo nuestra ruta por bastantes malos pasos y por otros tantos ingenios a la diestra y a la siniestra, llegamos en fin al ingenio de Don Martín de Aróstegui como a la 9 de la mañana, intitulado Santa Teresa, y allí hicimos mediodía. Su hermosa vista puede competir con los soberbios palacios de la Europa. Tiene una espaciosa sala con cuatro cuartos de dormir sus corredores, jardines, mesa de villar, oficinas para todo; todo bien adornado de pinturas, alhajas y muebles exquisitos, un oratorio el más precioso. S.I. hizo confirmaciones antes y después de comer. Allí vino el Cabildo de Jaruco con su cura a recibir a S. Iltma. y de allí salimos como a las cuatro de la tarde para Jaruco. En el camino nos detuvimos a la legua, para demarcar un terreno que se ha destinado a la fundación de una Iglesia, en el sitio de Casiguas. Tiene ya su teniente de cura que debe correr con la obra del ingenio referido y tiene el sacramento en una estancia de aquella jurisdicción, desde donde sale a las administraciones. Este sitio no deja de ser hermoso: está en una llanura y se ven a lo lejos como al Norte y Sur unas estancias y montes espesos que lo adornan. En el día no hay más que algunas casas de guano esparcidas y disparadas, donde a cada cual lo acomoda para su labranza.

Seguimos nuestro viaje, despedidos de la marquesa de Prado Ameno que acompañó a S. Iltma. aquel día y conduciéndonos por unos callejones de pinos que forman las vallas o divisiones de otros tantos potreros y estancias, nos hallamos en Jaruco, como a las oraciones. Hizo S. Iltma. oración en la Iglesia, con toda su comitiva, y regresamos a la casa preparada con mucha decencia y aseo, de fábrica nueva y bien repartida. A la mañana siguiente del 17 se comenzaron las funciones de visita predicando la plática de costumbre. S.S. Iltma. visitó la Iglesia y se dieron los decretos correspondientes. Este pueblo está en una loma: tendrá como unas cien casas de guano y algunas de mampostería, como veinte. Su piso es irregular, lo más de piedra, y no mal dirigidas, sus calles, que a excepción de la Real, con unas cuatro o seis, las demás no valen cosa: su Iglesia es de mampostería bastante decente, y con unos cinco altares. Está bien surtida de ornamentos y la torre que era de material se ha caído por la poca solidez de la piedra, que es are-

nosa y muy blanda, Las campanas están colgadas de unos horcones, lo mismo que en Tapaste. Se baja por una cuesta empinada al río de Tarmo muy pobre de aguas, nace allí mismo de una sierra, y dicen que se navega por la embocadura del mar adonde entra no muy lejos.

En este río que viene a estar un tiro de fusil del que hoy es pueblo, se halla el pueblo viejo de Jaruco reducido a unas veinte casas las más de guano. De aquí titulan los condes de Jaruco, cuyo palacio se halla arruinado a la misma orilla del río, sirviéndose de una mala casa de guano, que tienen estos señores arriba en donde se halla el nuevo pueblo. Desde lo más alto de aquella loma se divisan en bastante extensión todos los cuatro horizontes, y es una hermosura ver los campos ya llenos de bosques ya vestidos de montañas sombrías y escarpadas, que compiten con las nubes, y ya hermoseados con varios ingenios, potreros y estancias, que por sus labranzas, plantío, y por la multitud de palmas reales hacen una vista muy agradable. La mejor de todas es la del lado del río el que a más de correr por unas vegas frondosas lo adorna multitud de cerros poblados de todo género de plantas altas y bajas y de muchos árboles cubiertos de flores, y fragancias con otros primores de la naturaleza. Esta viene a ser el único artífice de toda esta tierra, reprehendiendo a cada paso al hombre su desidia. Aquí estuvimos seis días, (mil veintidós confirmaciones) y en la mañana del 23 de enero del mismo año pasamos como a las siete con dirección a Baynoa o Caraballo y de aquí por la tarde de Rioblanco. El primero es un sitio llamado Baynoa y Caraballo por ser este el apellido del que dio la tierra en donde se está fundando una nueva Iglesia que lleva ya como cuatro varas de pared. Allí se ha hecho una hermita provisional y casa para el teniente, todo de guano y se va realizando un nuevo pueblo, el que se halla esparcido en una multitud de estancias y lo fomentaron algunos hacendados. El sitio es una llanura de buena miga de tierra y se ven a lo largo, y por las circunferencias bastantes montes, y serranías bien pobladas de arbusto y plantas. Aquí comimos aquel día y S.I. hizo un sinnúmero de confirmaciones por la mañana y tarde, ascendiendo su número a más de cuatrocientas...

Alexander Von Humboldt

## ENSAYO POLÍTICO SOBRE LA ISLA DE CUBA (1826)

...Para que progresivamente se consiga aflojar los lazos de la esclavitud se necesitan: la más rigurosa observación de las leyes contra el tráfico de los negros, apenas infamantes contra los que las quebranten, la formación de tribunales mixtos y el derecho de visita ejercido con una reciprocidad equitativa. Es ciertamente triste el saber que por descuido desdeñoso y culpable de algunos gobiernos de la Europa, el tráfico de negros (hecho más cruel porque es más oculto), arranca de nuevo al África de diez años a esta parte, casi el mismo número de negros que antes de 1807; pero no se puede concluir de aquí la inutilidad, o, como dicen los partidarios secretos de la esclavitud, la imposibilidad práctica de medidas benéficas adoptadas desde luego por la Dinamarca, los Estados Unidos y la Gran Bretaña, y sucesivamente por todo el resto de la Europa. Lo que ha ocurrido desde 1807 hasta que la Francia ha vuelto a entrar en la posesión de una parte de sus antiguas colonias, y lo que pasa en nuestros días en las naciones cuyos gobiernos quieren sinceramente la abolición de semejante comercio y de sus abominables prácticas, prueban la falsedad de esta conclusión. Por otra parte, ¿es acaso razonable comparar numéricamente las importaciones de esclavos de 1825 y 1826? Con la actividad que reina en todas las empresas industriales ¿qué aumento no hubiera tomado la importación de negros en las Antillas inglesas y en las partes meridionales de los Estados Unidos, si el tráfico, del todo libre, hubiera continuado en llevar allí nuevos esclavos, y hubiera hecho superfluos los cuidados para la conservación y aumento de la población antigua? ¿Se cree que el comercio inglés se hubiera limitado, como en 1806, a la venta de 53.000 esclavos y el de los Estados Unidos a la de 15.000? Sábese con harta certidumbre que sólo las Antillas inglesas han recibido en los ciento y seis años que precedieron al de 1786, más de 2.130.000 negros

arrancados de las costas de África. En la época de la revolución francesa, el comercio de esclavos suministraba 74.000 por año los 38.000 para las colonias inglesas, y los 20.000 para las francesas. Fácil sería probar que en todo el archipiélago de las Antillas, en el cual apenas hay 2.400.000 negros y mulatos (libres y esclavos) han entrado desde 1670 a 1825 cerca de 5.000.000 de africanos (negros bozales). En estos cálculos chocantes acerca del consumo de la especie humana no ha entrado en cuenta el número de desgraciados esclavos que han muerto en la travesía o han sido echados al mar como mercancías averiadas. ¿Pues de cuántos millares no hubiera sido necesario aumentar las pérdidas, si las dos naciones más ardientes y más inteligentes en los adelantos de su comercio y de su industria, los ingleses y los anglo-americanos, hubiesen continuado desde 1807 en tomar parte en el tráfico de negros con la misma libertad que los demás pueblos de la Europa? Una triste experiencia ha probado cuán funestos han sido para la humanidad los tratados de 15 de julio de 1814 y de 22 de enero de 1815, por los cuales la España y el Portugal se reservaban todavía «el goce del tráfico de negros» durante un cierto número de años.

Las autoridades locales, o mejor decir, los propietarios ricos que componen el *Ayuntamiento de La Habana*, el *Consulado* y la *Sociedad Patriótica* han manifestado en muchas ocasiones disposiciones favorables para mejorar la suerte de los esclavos. Si el gobierno de la metrópoli, en vez de tener aún la apariencia de las innovaciones, hubiera sabido sacar partido de estas circunstancias felices y del ascendiente de algunos hombres de talento sobre sus compatriotas, el estado social hubiera experimentado mudanzas progresivas, y ahora gozarían ya los habitantes de la isla de Cuba de las mejoras que se han discutido treinta años hace. Las conmociones de Santo Domingo en 1790, y las de la Jamaica en 1794, causaron alarmas tan vivas entre los hacendados de la isla de Cuba, que se convirtió con ardor, en una junta económica, qué medidas podrían tomarse para conservar la tranquilidad del país. Se hicieron reglamentos acerca de la persecución de los esclavos fugitivos, la que hasta entonces había dado motivo a excesos muy culpables; y se propuso el aumentar el

número de las negras en los ingenios de azúcar, el cuidar mejor de la educación de los niños, el aminorar la introducción de los negros de África, hacer venir colonos blancos de las Canarias y colonos indios del México, establecer escuelas en los campos para dulcificar las costumbres de la mínima clase del pueblo, y mitigar la esclavitud de un modo indirecto: estas proposiciones no tuvieron el efecto que se deseaba. La corte se opuso a todo sistema de transmigración; y la mayoría de los propietarios, dejándose llevar de las antiguas ilusiones de seguridad, no pensó ya en restringir el comercio de negros, desde que el precio subido de los géneros se les hizo tener la esperanza de una ganancia extraordinaria. Sería, sin embargo, injusta el no designar esta lucha, entre intereses privados y miras de una sabia política, los deseos y los principios que manifestaron algunos habitantes de la isla de Cuba, ya en su nombre, ya en el de algunos cuerpos ricos y poderosos...

Rev. Abiel Abbot

### CARTAS ESCRITAS EN EL INTERIOR DE CUBA (1828)

Carta VI

A la Sra. E. A.,

La Carolina, feb. 26 de 1828

Este día ha estado colmado de incidentes y observaciones que merecen ser recordadas. Un pequeño grupo compuesto de tres caballeros a caballo y dos damas en la «volanta», el Sr. S. y el Sr. D. el turista, y la Sra. S., su sobrina y yo, partimos con los primeros calores del día hacia las montañas de Hatillo, donde está la hacienda azucarera del Sr. J. Como una milla más adelante, cerca de la hacienda de... vimos el campo que fue de bata-

lla en 1825, donde unos pocos caballeros valerosos mataron unos cuantos negros insurgentes y pusieron en fuga a los seiscientos o setecientos restantes. En esta ocasión el Sr. C. se distinguió mucho. Es un caballero de noble figura; fue atacado por un grupo de negros que no lo mataron porque no eran tan arrojados como numerosos. La misma escena le ocurrió a su familia en Santo Domingo, donde perdió todas sus propiedades y por escaso margen estuvo a punto de perecer entre las ruinas de su residencia incendiada. El Sr. S. y su hermano, entonces niños de pocos años, fueron arrancados de las ruinas por un criado fiel que huyó con ellos a las montañas. Si no me equivoco, cuatros caballeros pusieron a toda la muchedumbre en fuga y atajaron la rebelión en sus comienzos.

Nuestro viaje a caballo y en coche fue fresco y agradable. Atravesamos bellas plantaciones y sombreados bosques de árboles desconocidos para mí, a veces engalanados como un buque por un cordaje vegetal y adornados con la parásita piña silvestre (el curujey) que, como nidos de pájaros, se esparcía por doquier entres sus ramas; por momentos nuestra ruta iba bordeando la base de montañas cónicas, que alzaban sus orgullosas cimas casi hasta las nubes. Más de una vez cruzamos el lecho seco de los que se convertirán en ríos cuando la estación de las lluvias derrame sus arroyos confluentes por las laderas de las montañas. En la fuerte brisa, nuestro olfato nos descubrió la existencia —casi una milla antes de que fuera visible— de una vasta hacienda azucarera, y nos asombró la inmensa extensión de caña, en toda su lozanía, que nos rodeaba por doquier. Es la época de la molienda y mucho antes de que llegásemos al ingenio nos aturdió el ensordecedor vocerío de los boyeros que agujijoneaban y animaban diez yuntas de bueyes, las que hacía girar las mazas de hierro fundido a través de las cuales pasa y repasa la caña, mientras media docena de negros se ocupaban en alimentar diligentemente la insaciable máquina devoradora. Sólo nos fue posible lanzar una ojeada a los edificios que forman la fábrica, la que probablemente enviará al mercado azúcar mascabado por valor de sesenta mil a cien mil dólares esta zafra.

Después de perder nuestro rumbo algunas veces, lo que aumentó la

distancia recorrida y el placer de nuestro paseo, fuimos acogidos con la más generosa hospitalidad por el hacendado de las montañas de Hatillo y pasamos en el seno de su interesante familia y con su ilustrada madre, que estaba entonces de visita, un día encantador.

Después de un soberbio desayuno que disfrutamos con un apetito aguzado por la jornada de diez u once millas, nos dispusimos a hacer un recorrido por la vasta *plantación azucarera*. Las damas se acomodaron en dos «volantas»; los caballeros fuimos primero al ingenio para contemplar escenas de intensa actividad. En un gran caldero lleno de harina de maíz se estaba cocinando la comida de los trabajadores; un negro le iba suministrando la materia prima mediante un molinillo de maíz accionado por una manivela. Dos molinos de caña, con diez o doce bueyes cada uno, un boyero por fuera de cada yunta y un mayoral armado de un látigo en el centro, mantenían los molinos en continua actividad, en medio de un vocerío imposible de describir. Una vez que la caña ha pasado por entre el primer par de mazas, vuelve a pasar por entre el segundo par (la maza del medio formaba una para cada par) mediante seis rodillos de madera llamados revolvedores, que giran paralelamente a las mazas. El juego cae copiosamente por una canal inclinada y desaparece, con rapidez, en un conducto subterráneo para unirse a la corriente que sale del otro molino; ambos forman una masa líquida que se precipita en un depósito situado en la sección de calderas del vasto edificio, en un piso que está por debajo del nivel de los molinos. En esta forma, se producen 500 galones de guarapo cada veinte y cinco minutos.

De este depósito, el jugo pasa, mediante un conducto, a una gran marmita de cobre con capacidad de 500 galones, debajo de la cual se mantiene viva una hoguera de leña; tres jarras de cal se vierten en el guarapo, para refinarlo. Este hierve con violencia y se alza y borbotea coronado de espuma y burbujas. Como es propenso a rebosar los bordes de la marmita, esta tiene una segunda pestaña o borde que sobresale por la parte superior, y que conduce el líquido que se escapa hacia un depósito cercano que podría llamarse un *guardalotodo* para su futura utilización.



El próximo paso es trasladar el guarapo refinado a un conducto que lo lleva hasta un tanque en el que las impurezas se asientan en el fondo. Después atraviesa una hilera de tres calderos sometidos a fuego lento hecho con bagazo seco. Del primer caldero pasa al segundo por medio de un cazo de cobre colocado al extremo de una larga pértiga, manejada por un negro con habilidad y tolerable comodidad, que se desliza por un soporte movable. Del tercero pasa a un tanque, o cubeta grande hecha contra la pared, con tablas en ambos costados, a fin de que no se desperdicie el líquido. Aquí es donde se lleva a un estado de granulación por dos negros, uno a cada lado de la cubeta, que mueven rápidamente el cazo al extremo de la pértiga de un lado a otro, y hacia arriba y hacia abajo, hasta que ven se produce la granulación. En esta cubeta es donde los visitantes y los esclavos tienen libre acceso para tomar un terrón de azúcar como muestra; y es cosa saludable para los inválidos el inhalar los vapores de los calderos cercanos.

Cuando el líquido llega a este estado de granulación, la masa se traspasa mediante un cubo de hierro a un serie de cucuruchos dispuestos en hilera en un plano inclinado. Estos cucuruchos se humedecen primero para que el azúcar no se pegue; tienen la forma de un cono invertido con un agujero en la punta, tapado por medio de un tapón y hojas secas, pero no tan apretado que impida a la melaza caer goteando por un plano inclinado, colocado como un techo a dos aguas debajo de ellos, y correr hasta caer en unos bocoyes puestos debajo. Los negros que regresan de los campos de caña tienen la obligación de entrar aquí y llevar cada uno un cucurucho de azúcar a la casa de purga, como se llama, hasta que se hayan llevado todos. Aquí dejaremos la fabricación del azúcar por el momento, para terminar nuestra visita al ingenio y la casa de calderas. Yendo al fondo del edificio vimos los hornos hechos debajo de los calderos respectivos, todos quemando bagazo seco proveniente de los molinos, a excepción del horno central debajo del caldero clarificador, que tiene un fuego más vivo y quema leña. Hay almacenada gran cantidad de bagazo bajo techo para evitar que la lluvia lo eche a perder. He observado que los

negros usan sandalias en este trabajo, y que los recipientes en que va a depositarse el guarapo granulado se humedecen primero para que no se pegue, y que tomando como punto de partida el caldero clasificador central, se lleva a cabo el mismo proceso a derecha e izquierda hasta terminar en el tanque de granulaci3n.

Al pasar a la *casa de purga* vimos a un negro azuzando un par de extenuad3simos bueyes, incapaces de realizar ning3n trabajo m3s rudo, alrededor de un poste colocado en un peque1o pozo, de seis u ocho pies de di3metro, en donde preparaban la arcilla l3quida. Todo esto, naturalmente, luc3a bastante sucio. En este empujado agujero es donde se produce el poderoso agente a trav3s de cuya contaminaci3n se realiza la purificaci3n y se imparte una blancura de nieve al oscuro mascabado.

En un edificio cercano vimos el proceso, estando los cucuruchos colocados en filas, con la parte inferior del cono metida en un agujero para que la melaza descienda de nuevo por un plano inclinado hasta una batea que contiene 30,000 galones. Vimos 7,000 cucuruchos, cada uno conten3a de 35 a 50 lbs. de az3car. Una parte de la arcilla sacada del hueco descrito arriba es colocada en la parte superior del cucurucho de az3car y, mediante un proceso aqu3lla va expulsando hacia abajo la melaza hasta que la mayor parte del cono se pone blanco mientras que el fondo adquiere un ligero tinte del color de la melaza. La arcilla sale de la parte de arriba en una costra como de una pulgada de grueso. Los cucuruchos vuelven a llevarse a un secadero, en donde se separa el az3car blanca de la m3s oscura y se corta o rompe en terrones peque1os que se exponen al sol para secarse en peque1as vagonetas, de modo que 3stas pueden ponerse prontamente a salvo bajo techo en caso de lluvia. Lo mismo se hace con el az3car de color m3s oscuro; despu3s se llevan al almac3n, en donde se envasan para el mercado y se env3an por tierra diez y ocho millas, en mulas o carretas, hasta el «embarcadero» y de all3, doce millas por el r3o Can3mar, a Matanzas.

Quinientos galones de guarapo rinden unas trescientas libras de az3car mascabado; y como 3sa es la cantidad de l3quido que fluye de los molinos

cada veinte y cinco minutos y es simultáneo el funcionamiento de los molinos y los hornos y dirigidos de manera que nunca unos tengan que esperar por los otros, ni de día ni de noche, este Ingenio y la casa de calderas tiene que enviar a la casa de purga, a los secaderos, y al envasadero, más de 700 libras de azúcar mascabado por hora; 16,800 libras tienen que envasarse diariamente, y algo así como un millón de libras, en números redondos, en cada zafra.

Las mieles que produce este Ingenio (y *muy pequeña* es la suma que el *palacio* ha costado a sus dueños) han sido levantados a un costo de más de cincuenta mil pesos. Aun cuando haya haciendas más grandes que ésta, debido al volumen de sus entradas, debe ser considerada como de primera línea ya que después de descontados todos los gastos del producto que rinden los 2,000 acres, deja una ganancia neta de cincuenta mil pesos al año.

Carta XXXII

A la Sra. E. A.,

La Habana, marzo de 1828

Del hospital de dementes fuimos a otra benéfica institución situada en las cercanías, el *Lazaretto* para leprosos, una clase de personas no menos digna de lástima que aquéllas privada de la razón, a menudo más conscientes de su desgracia, abrumadas por un mal generalmente incurable, contagioso también y que, por consiguiente exige su aislamiento del cotidiano consuelo de la sociedad. Esta institución benéfica fue establecida en un principio en gran escala con capacidad para alojar muchos pacientes, lo que parece demostrar que esta enfermedad es corriente en este país. Es evidente que actualmente la institución está muy abandonada. La puerta estaba abierta y veíanse unos negros deambulando de un lado para otro, de los cuales algunos, o todos, podría ser que les correspondiese estar

adentro. Es un gran patio, o plaza, abierto, rodeado por una hilera de chozas, algunas en pésimo estado. En el centro hay un edificio grande, que pudiera ser la cocina comunal y los almacenes. Algunas de las partes del patio estaban habitadas, otras cerradas. Podía verse, sin embargo, un gran número de leprosos, algunos con la cara muy desfigurada, pero la mayor parte tenían afectadas sus extremidades –sus pies y sus manos. A otros les faltaban las primeras falanges de los dedos. Todos mostraban en su fisonomía un aire de angustia –una especie de desesperación parecía caracterizar las miradas y los movimientos de algunos. De uno o dos de los pabellones llegaban el sonido la guitarra y de voces, como recuerdo venturoso de mejores tiempos y con un esfuerzo por recordar en su aislamiento los pasados goces y placeres. Cuando nuevas instituciones benéficas atraen la atención pública, a veces pasa que las ya establecidas caen en un comparativo estado de ruina y abandono. Pero a las personas compasivas de esta ciudad les bastaría sólo un corto paseo por detrás de los muros de esta leprosería para que se despertara su conmiseración.

Nuestra siguiente visita nos proporcionó un agradable contraste con las que hicimos a lugares dedicados a los muertos, lunáticos y leprosos. Fue a la magnífica institución denominada *Casa de Beneficencia* o *casa de la misericordia*, dedicada a la subsistencia y educación de huérfanos y niños desvalidos. En los primeros tiempos, no admitía más que hembras, pero al acrecentarse los fondos, los niños también disfrutaban de esos beneficios. Fue comenzada por el Gobernador Las Casas en 1795.

Una noble aportación a sus fondos ha sido hecha por ..., consistente en la donación de tierras en el partido de..., con un valor estimado de \$200,000. El aspecto de los edificios es muy bueno, prolongándose varios centenares de pies por la calle principal y otros tantos por otras calles todo alrededor de un espacioso patio con un arroyuelo de agua corriente, (probablemente desviado del canal de la ciudad) que atraviesa la propiedad y que contribuye a la salud y limpieza de los numerosos niños y jóvenes existentes en el establecimiento. Entramos por la capilla, un bonito edificio, más que suficiente para los alojados en la casa de la misericordia.

Paseamos por los espaciosos salones de elevado techo de la planta baja y de la alta, guiados por el respetable caballero que preside la institución, y visitamos los pabellones de los que estaban ligeramente enfermos de resfriado, y de los que estaban más gravemente enfermos. Era día de fiesta o la hora estaba dedicada al recreo, pues vimos las niñas y las jovencitas en pequeños grupos o sentadas al pie de las grandes ventanas, enrejadas al estilo español, todas esmeradamente vestidas, algunas con gusto. Unas cuantas se entretenían leyendo, otras con labores, y las niñas se divertían inocentemente corriendo de un salón a otro.

Después de visitar los pabellones dedicados a las hembras, sus salas de clases, sus comedores, su inmenso salón en el cual se colocan sus catres al estilo de los gitanos para dormir por la noche (pero que de día los mudan decentemente para un habitación privada), pasamos a una serie de pabellones diferentes dedicados al alojamiento de niños (varones), similar en su mayor parte a los otros.

Una útil educación se da en esta institución a doscientas hembras y a cuarenta muchachos, y a excepción de diez de ellos, todo a expensas de la institución. Enseñanse las labores corrientes de agujas y bordados ornamentales, y hasta música. En el pabellón de los muchachos vimos que se había adaptado el plan de enseñanza de Lancaster: las paredes tenían colgadas las láminas acostumbradas y en los bancos había pizarras. Es notable que las hembras, una vez que entran en esta institución, permanecen en ella todo el tiempo que gusten, o hasta contraer matrimonio; si se casan en ellas, son consideradas como hijas de la familia, recibiendo cada novia una dote de \$500 pesos. Vimos algunas de las damas jóvenes en amistosa conversación con jóvenes, posiblemente hermanos suyos y posiblemente amigos que abrigan hacia ellas sentimientos aún más tiernos.

Regresamos a la ciudad a través de la puerta de *Montserrat* y seguimos por la calle próxima a la muralla sur para contemplar el elegante paseo capitalino.

Dejamos la volanta y entramos en el paseo, encontrándome con damas y caballeros a cada paso, muchos de ellos ocupando los asientos,

que están contruidos del mismo material que el pulido y nivelado pavimento.

Volvimos a ser recogidos por la volanta, la que nos dejó en la plaza del Gobernador, y anduvimos por el jardín, hermo­seado por la luz de la luna. Al pasar contemplamos el templete y seguimos por el embarcadero de las naves de cabotaje, paseando a lo largo del muelle, cubierto de recios tablones y colmado de apiñados buques cuyos botalones se alzaban por encima del muelle, para economizar espacio en la congestionada bahía. Pasamos por el frente del edificio que próximamente ocupará la aduana, en el que tendrán más espacio sus dilatados almacenes, y regresamos a nuestro hospedaje.

Mañana saldré de La Habana en viaje hacia el interior del país.

Carta XXVIII

A la Sra. E. A.

«Guanabacoa», marzo de 1828

Después de liquidar una elevada cuenta en aquella malucha taberna —la mejor que pudimos hallar con un guía para dirigirnos, entre diecisiete que había establecidas en esa pequeña población— reanudamos nuestra marcha. Es ciertamente melancólico observar que en cada población hay un espacioso edificio destinado al bárbaro deporte de la riña de gallos; que estos animales vense a menudo ante las puertas de las casas, aderezados de tal manera, que revelan su condición, despojados de sus plumas y con el cuello y la cola tan irritados por las frotaciones de alcohol que esas partes toman el color sanguíneo que tiene naturalmente la cresta del ave. Dos de los días de la semana se consideran como de fiesta para esta diversión, domingo y lunes; pero hay mucho más entusiasmo el domingo, pues el lunes se considera sólo como festivo a medias.

Al salir de Jaruco entramos en la más encantadora de las campiñas; la tierra de las palmas reales y de la caña de azúcar, de lomas y valles, y hermosas montañas. La cordillera de montañas de la *Escalara* (Escalera de Jaruco) festona el panorama por el sur y ocasionalmente columbramos el océano hacia el septentrión. En esta región del país no es tan raro ver agua superficial; los arroyuelos están embalsados, por medio de represas de piedra asentada en mortero y repellada, y forman lagunas. Innumerables lomitas elevan sus cúspides, algunas de doscientos a trescientos pies de altura, y por lo general están cultivadas hasta las propias cimas. Las cañadas entre loma y loma están corrientemente sembradas de platanales, y todo el paisaje está tan matizado, que tal parece un tablero de damas pintado con vivos colores. Las haciendas azucareras más notables por las que pasamos eran las del marqués de Cárdenas, y de Don Pérez Uria. Bajo el amplísimo cobertizo de la casa ingenio de este último nos protegimos del intenso sol y bebimos agua fresca de su cisterna.

Supimos por su inteligente administrador que la molienda se realiza ahora totalmente por medio del vapor; que una máquina de doce caballos de fuerza hacía el trabajo que anteriormente era llevado a cabo por dos trachiches movidos por diez bueyes cada uno; que la maquinaria, entregada en La Habana, había costado \$8,000 y había funcionado con todo éxito durante cuatro años; que el bagazo (o sea la caña que ha pasado por los molinos) basta para mover la máquina, hervir el guarapo hasta convertirlo en azúcar, y que no consumen leña alguna en toda la operación; que el cobertizo que ahora cubre la máquina fue erigido para hacer el experimento y que los molinos continuaron en la casa ingenio; que empleando vapor en vez de bueyes resultarían inútiles doscientos pies de ese vasto edificio; que el experimento de la máquina de vapor había resultado tan satisfactorio que los molinos, después de cuatro años de uso, estaban en las buenas condiciones en que los vimos; que el propietario de este ingenio poseía otro en que había una máquina de distinta construcción que necesitaba leña para poder completar la operación de moler y hervir; y que en este ingenio se habían fabricado mil cien cajas de azúcar.

En lo que respecta a los hechos reales, lo que sin duda constituyen la más poderosa prueba en el mundo, resulta que la introducción de las máquinas de vapor en los ingenios produciría un ahorro inmenso de los gastos para el propietario, y que debido a la posición horizontal de los molinos que muelen la caña y el empleo de una tolva para alimentarlos, se evitan efectivamente los accidentes que tan frecuentemente ocurren en los ingenios contruidos por el sistema antiguo. Y por último, y no por ello menos importante, la mayor rapidez de la molienda a vapor contribuye a aminorar la agotadora fatiga de la temporada de zafra y suprime la necesidad de moler de noche, lo que ahorraría mucho esfuerzo y trabajo y proporcionaría tan grandes beneficios al dueño como alivio a sus esclavos.

Siendo calurosa la tarde, nos detuvimos otra vez en una fonda, en la cual pude observar que existían mayor limpieza y orden que las que generalmente había visto en las tabernas de este país. Ocasionalmente, alguna que otra persona del sexo femenino veíase a través de una puertecita que daba a los aposentos interiores de la casa, pero ninguna pasó a la parte pública de la fonda. Cuando iba a montarme en el caballo, me dijeron que el fondista tenía doce hijos y que estaban todos juntos en el apartamento del fondo. Solicité que me presentaran a su familia, a lo que él asintió con prontitud y me indicó el camino. Fue un espectáculo delicioso y conmovedor. La madre, con un niño en los brazos, estaba rodeada de once muchachos bien vestidos, como peldaños de una escalera, callados y en orden, mientras una de las muchachitas mayores leía en alta voz a los demás. «Estos», díjome el padre, «estos, señor, son mis hijos», brillándole en los ojos lo que sin duda era emoción, en la que el orgullo y el cariño parecían estar presentados por igual. Al preguntarle, «¿cuántos saben leer?» respondíome, «Todos, todos», esperando, evidentemente, que yo no aplicara esas palabras a aquéllos que eran demasiado pequeños para aprender. Viendo un ejemplo tan extraordinario de instrucción doméstica y buena dirección, pregunté además si estaban bautizados. Me respondió enfáticamente, «Sí, y cada uno al octavo día de su nacimiento». «Señor, le



contesté, sois un padre afortunado y quiera Dios que estos niños sean una bendición para vos», y al salir les di mi bendición al estilo del país —a Dios— y no sé cómo expresar el placer que sentí al oírles murmurar al salir yo las acostumbradas palabras con las cuales querían expresar sus sinceros y buenos deseos, «Id, Señor, en buena hora». El padre, a quien habían informado de que yo era un clérigo protestante, me acompañó hasta verme montar y cuando lo dejé pensaba que sus sentimientos eran realmente envidiables.

No habíamos andado mucho cuando nos topamos con un considerable número de personas que volvían de la iglesia, en donde había sido celebrado un bautizo; unos venían a caballo, otros a pie. Vi una mujer montada a caballo con un niño en el regazo; un hombre, sin duda su marido, cabalgaba detrás con un brazo rodeándole cariñosamente el talle para evitar que fuera a caerse de la silla, y guiando al caballo con la otra mano. Pasó la volanta, en la que iba el niño bautizado, con su madre o nodriza. Poco después nos tropezamos con uno de los miembros más eficientes de la policía, Domingo Armona, con parte de su escuadrón, todos montados, con sus carabinas terciadas a la espalda; pasaron tan rápidamente que sólo tuvimos tiempo para darnos cuenta de la fuerte musculatura y fiero continente del jefe, que estaban a la par con el resto del escuadrón. Nos habíamos detenido frente a una taberna, y como media docena de personas estaban contemplándonos cuando aquél se aproximaba, pudimos percibir el temor o el terror con que lo mencionaban. Sus servicios han inspirado un saludable temor del gobierno. Tan pronto se origina un disturbio o hay una alarma, dan parte a este eficiente funcionario quien se aparece al punto con la rapidez de un águila.

Llegamos a Guanabacoa con las últimas luces del día y dos de nuestros amigos, que estaban ansiosos por atender sus negocios temprano por la mañana, continuaron hacia La Habana, mientras que el Sr. C. y yo, que teníamos ganas de ver más a fondo esta considerable población y acercarnos a la metrópoli de día nos quedamos a pasar la noche en esta populosa localidad.

Guanabacoa contiene una población de 10,000 almas, una respetable iglesia, calles estrechas, hermosas casas, pero también muchas de guano, y de pobre apariencia. Es un lugar de considerable actividad mercantil y casi puede considerarse como un suburbio de La Habana. El panorama desde aquí hasta Regla es bonito y la campiña está cultivada como si fuera la huerta de la ciudad. Una vasta ciudad se extiende a nuestra vista; la piedra yesosa con la cual están construidas las paredes y las casas, da un aspecto resplandeciente que ofuscaba la vista, sin que lo atenuara el verdor de árboles o jardines. Abajo veíamos a Regla, que puede ser llamada el suburbio oriental de La Habana y que es una población populosa de por sí, separada de la ciudad por la hermosa bahía, el lugar favorito de recreo de los marineros del puerto. La mayor parte de la madera que entra en la bahía de La Habana es desembarcada en Regla, y toda la melaza que se recibe, transportada por tierra o por embarcaciones de cabotaje, es almacenada aquí. La que viene por tierra se vacía en grandes tanques. Era cosa bien notoria y sabida que muchos de los piratas que infestaban las costas vecinas hace tres o cuatro años vivían en Regla. Esta ciudad está adornada por una hermosa iglesia y algunas lindas casas, pero su aspecto general estaba en consonancia con su índole moral, siendo un refugio para los vagos o imprudentes.

Condesa De Merlín

### VIAJE A LA HABANA (1844)

...La casa de mi tío es muy grande, y está rodeada de altas galerías, que se pierden de vista, cerradas de persianas para evitar los rayos del sol. En una de estas galerías es donde comemos, porque aquí los comedores en el interior de las casas están prohibidos a causa del calor. Las familias son tan numerosas, que aun para las comidas ordinarias necesitan un grande espacio, y tienen siempre cierto aire de fiesta que les dan el número de

convidados y de criados y la desordenada profusión de los manjares. No es nada extraño, por pocos convidados que asistan, gastarse en una de estas comidas de tres a cuatro mil duros. No hay casa opulenta que no tenga un cocinero francés, y no pueda reunir de este modo en su mesa los platos más exquisitos de la cocina francesa, con las riquezas de este género que la naturaleza prodiga a nuestras colonias.

Los habaneros comen poco a la vez, como los pájaros; a cualquier hora del día se les encuentra con una fruta o un terrón de azúcar en la boca; por lo demás prefieren las legumbres, las frutas, y sobre todo el arroz; la carne es un alimento poco conveniente al clima; son sobrios más bien que gastrónomos. Los señores de la alta clase, a pesar del lujo europeo de sus mesas, reservan la verdadera simpatía para el plato criollo; gustan de los otros manjares, pero se alimentan principalmente de aquel; los unos son el lujo de la opulencia que sirve para regalar al extranjero, el otro es como estos muebles ordinarios, descoloridos tal vez por el uso, pero que conservan los pliegues del cuerpo, y cuya tela se prefiere a las cachemiras y los brocados. Yo misma, que no lo pruebo hace muchos años, no sabré decirte con qué delicia saboreo estos caimitos que parecen terciopelo, estos zapotillos suaves y de un gusto silvestre, estos mameyes alimento de las almas bienaventuradas en los valles del otro mundo, según la creencia de los habitantes de Haití, y en fin, el anón, crema exquisita, cuyo gusto compuesto de los más deliciosos perfumes es un néctar digno del Paraíso. Mi tía me fue a servir el primer día de uno de los mejores platos de nuestra cocina, y yo alegre y modesta en frente de un simple ajiaco le respondí con tono desdefñoso: «no, no me gusta; no he venido aquí sino para comer platos criollos».

Por grande que sea la casa de mi tío, apenas bastará con su familia y sus criados: tiene diez hijos, otros tantos nietos, y más de cien negros para su servicio. Mi tío es un excelente sujeto, amante de su país con pasión, y de una bondad inexplicable; su filantropía no se limita solamente a los que lo rodean, sino que se extiende a todos los desgraciados. Sumamente instruido en fisiología y en medicina, cura un gran número de enfermedades

y no se limita a sus hijos y a sus esclavos, sino que como su ciencia es en cierta manera venerada, y es fama que ha hecho curas maravillosas, lo llaman de todas partes. Es tanta la humanidad de su corazón, que en medio de los cuidados que reclama su casa donde tiene que velar sobre ochocientos esclavos, y a pesar del gran número de negocios públicos que le ocupan, toda vez que un pobre enfermo reclame su asistencia, corre a prestarle sus auxilios y sus socorros, aunque sea en mitad de la noche...

**PALABRAS DE RECEPCIÓN, EN CONTESTACIÓN A LA  
LECCIÓN DE INGRESO DE IZASKUN ÁLVAREZ CUARTERO  
COMO AMIGA DE NÚMERO DE LA REAL SOCIEDAD  
BASCONGADA DE AMIGOS DEL PAÍS, EXPUESTA EN LA  
REAL SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE DE AMIGOS  
DEL PAÍS, EL 4 DE MAYO DE 2000**

Con sumo gusto acepté la propuesta que me hizo en su día Izaskun Álvarez Cuartero para pronunciar las palabras de recepción, en contestación a su Lección de Ingreso como Amiga de Número de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, por nuestra Delegación en Corte, tanto por su personalidad, de muchos méritos para su juventud, como por lo atractivo que me resulta, por diversas razones, el tema elegido por ella para su Lección: los Amigos, los viajes y la isla de Cuba.

Izaskun, bilbaina por nacimiento y cultura, obtuvo la Licenciatura en Geografía e Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Deusto, en Bilbao, en el año 1989, doctorándose en esta Universidad en el año 1994. Actualmente ejerce de Profesora Ayudante en la Facultad de Geografía e Historia, Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea, Área de Historia de América, de la Universidad de Salamanca.

Ha asistido a Cursos y a Congresos celebrados en diversas Universidades en España y México.

Ha realizado estancias, para hacer trabajos de investigación documental, en la Universidad de La Habana y en el Archivo Nacional de Cuba en los años 1990, 1991, 1994 y 1996; en las Universidades de Miami y Texas y en la John Carter Brown Library en los años 1996, 1997 y 1999; en la Universidad Veracruzana de México en el año 1997 y en la Universidad de Liverpool, en el Reino Unido, en el año 2000.

Aparte de su actividad docente, ha participado en diversos proyectos de investigación sobre temas relacionados con América, financiados por el Gobierno Vasco, la Universidad del País Vasco, la Universidad de Navarra y el Ministerio de Educación y Cultura. Entre estos proyectos se encuentra uno específico sobre las Sociedades Económicas de Amigos del País en América.

Ha dado conferencias en Universidades y ha participado como ponente en Congresos, en España (entre ellos en el III y V Seminarios de Historia de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País), en Cuba, en Francia y en el Reino Unido.

Ha publicado numerosos capítulos, artículos y reseñas bibliográficas, relacionados con la isla de Cuba y las Sociedades Económicas y Patrióticas principalmente, en libros y revistas, en España, Francia, Cuba, República Checa, Canadá, Japón, Reino Unido, Italia y Estados Unidos de América. Actualmente se encuentra en preparación la publicación de su libro *Memorias de la Ilustración. Las Sociedades Económicas de Amigos del País en Cuba*, que será editado por nuestra Delegación en Corte de la RSBAP.

Ha recibido premios y becas de investigación del Gobierno Vasco, Universidad del País Vasco, Agencia Española de Cooperación Internacional, Universidad de Salamanca, Programa Sócrates, la John Carter Brown Library, Universidad Veracruzana de México y Universidad de Texas.

En su excelente y amena exposición Izaskun Álvarez Cuartero ha hecho unas acertadas reflexiones sobre los viajes y sus motivaciones, los viajeros y sus relatos, en los que se describen las condiciones que se daban

en la isla de Cuba, así como sobre las relaciones de estos viajeros con los Amigos de las Sociedades Económicas que existían en Cuba.

Ha comenzado indicando como motivos que impulsan al viajero a emprender su viaje el afán por la búsqueda de lo desconocido, de la aventura, de un paraíso perdido o imaginado, que Colón creyó encontrar en la isla de Cuba, aunque más tarde otro viajero, Alexander Humboldt, discrepara de esta apreciación. Al viajero le puede suceder también que no llegue a alcanzar el destino que se propone, o que si llega a alcanzarlo le decepcione. El viajero tiene la necesidad de expresar sus experiencias en relatos, que le permitan perpetuarlas y revivirlas en el tiempo. Hoy en día quizás suceda mas o menos lo mismo, y que la gente busque en sus viajes, aunque sólo sea para tocarlo, el pequeño paraíso o la aventura, que las agencias de viajes le anuncian, y al que se puede acceder en muy corto espacio de tiempo, incluso al lugar más lejano, gracias al impresionante desarrollo de los medios de transporte y comunicación producido en este siglo que está terminando. En ocasiones tampoco falta el riesgo a pesar de los adelantos, como lo demuestran acontecimientos que estamos viviendo en estos días. El viajero ahora materializa su recuerdos no sólo con la escritura, sino y principalmente mediante fotografías, películas, vídeos y grabaciones.

Nos ha manifestado Izaskun cómo en el siglo XVIII se pone de moda un modo particular de viajar, con una finalidad educativa, siendo en este caso el viajero un joven, hijo de familia acomodada y con inquietudes intelectuales, que realiza un viaje con una duración que puede ser de varios años, acompañado normalmente de un preceptor, por diversos países, con la finalidad de desarrollar su formación, por medio del contacto con otras culturas y conocimientos. La afición por este tipo de viajes, puesto de moda por los jóvenes ingleses, se extiende al continente, llegando hasta España y alcanzando al fundador de nuestra Sociedad, el Conde de Peñaflores, como se deduce del plan de viajes y estudios por Europa y América que organizó, para completar la formación de su hijo Ramón María, y también a Altuna. Hoy día los desplazamientos de jóve-

nes a otros países para completar su formación, aprendiendo nuevos idiomas y culturas de otras gentes, son normales y se realizan de modo masivo.

Nos ha relatado otro tipo de viaje, propio de la Ilustración, como fue el de las expediciones científicas, que se practicó a lo largo de los siglos XVIII y XIX, que permitieron re-descubrir científicamente un territorio ya descubierto y conquistado, siendo la isla de Cuba uno de los destinos elegidos para las mismas. Hoy en día continúa siendo Cuba uno de los destinos elegidos por los viajeros, porque la belleza natural de la isla no se ha perdido, como tampoco la amabilidad de sus gentes, aunque las expediciones de tipo científico o cultural se dirigen normalmente hacia otros lugares menos conocidos y poco visitados

Es de resaltar la importancia que las Sociedades Económicas de Amigos del País, primero la fundada en Santiago en 1787 y luego la de La Habana que la sustituye, llegaron a alcanzar en Cuba, en un momento en el que la isla experimenta una nueva pujanza económica con el desarrollo del cultivo de la caña de azúcar, del café y del tabaco, aglutinando a las elites criollas y peninsulares, promoviendo todo tipo de actividades culturales, científicas, económicas, educativas y sanitarias y dando cabida a las ideas más avanzadas, dentro de los límites del sistema esclavista.

En la segunda parte de su exposición nos ha descrito los viajes y relatos por la isla de personalidades extranjeras, como Alexander Humboldt, naturalista y explorador, que dio nombre a la corriente marina que circula por la costa occidental de Sudamérica, y que recorrió no sólo la isla de Cuba, sino toda Sudamérica, acompañado del botánico francés Aimé Bonpland: escribió su *Ensayo político de la isla de Cuba*, en el que reprueba el sistema esclavista vigente en la isla. Este Alexander era hermano de Guillermo Humboldt, filólogo, filósofo y diplomático, que fue un pionero en el desarrollo del etno-lingüismo y cuyos estudios sobre la lengua vasca atrajeron la atención y el interés de los lingüistas hacia la misma y su estudio científico, contribuyendo así a posibilitar su pervivencia. De destacar el hecho de que fuera nombrado Amigo honorario de la Real Sociedad Económica de La Habana.



Son interesantes y curiosas las reseñas que hace de las descripciones que aparecen en los relatos de aquellos viajeros sobre sus viajes por la isla de Cuba.

Ribera, en su *Descripción de la isla de Cuba con algunas consideraciones sobre su población y comercios*, escrito en 1760, recoge el dato de la existencia de los últimos indios en San Luis de los Canelles y en Jiguaní e intuye las posibilidades de desarrollo del cultivo de la caña de azúcar. Hoy en día pocos más recuerdos quedan en la isla de aquellos afales indios siboneyes que el hotel Los Caneyes, en el que las habitaciones son remedo moderno de las cabañas indias, y el poblado indio reproducido en el complejo turístico de la Laguna de Guamá. También una gran parte de la isla está cubierta por inmensos campos de caña de azúcar.

Sánchez Rangel, en su libro *Visita pastoral del obispo Díaz de Espada y Landa*, hecha en 1804, nos habla de las pésimas condiciones en que se encontraban los caminos y senderos para el tránsito por los mismos. Es más que posible que el hecho de que este obispo, además de nacimiento, fuera socio de número y director de la Sociedad Económica de La Habana, contribuyera a las inquietudes de la Sociedad sobre los problemas de la isla, en particular sobre la situación de las vías de comunicación y la sanidad, que aquél padeció durante sus desplazamientos por la misma, como sugiere Izaskun. Actualmente las vías de comunicación son indudablemente mejores que las que entonces existían y, aunque su estado tampoco sea el mas adecuado para una circulación normal de automóviles o camiones, permiten recorrer con aceptable comodidad la isla por la carretera principal que la atraviesa, así como por las vías secundarias, aunque algunas de estas recuerden las descripciones de Sánchez Rangel. Hay que recordar que la isla de Cuba tiene una longitud de 1.250 km. y, aunque su anchura oscila entre los 191 y los 31 km., el recorrerla de un extremo al otro implica cubrir una distancia similar a la que pueda existir entre las poblaciones más alejadas dentro de la Península ibérica. La red de hoteles turísticos se extiende por casi toda la isla y estos son razonablemente confortables. La sanidad ha mejorado notablemente, aunque existan graves

problemas por falta de las medicinas y medios más necesarios. Ya no existen *volantas* o *quitrines*, pero es relativamente normal la vista, por toda la isla, de *coches* de cuatro ruedas tirados por un caballo, utilizados sobre todo en el transporte urbano.

Abiel Abbot y John Wurdemann alabaron la influencia benéfica de la isla sobre su salud, lo que puede hacer pensar que la visitaron en los meses de invierno o primavera temprana, fuera de los calores tórridos del verano y de las tormentas del otoño, con su acompañamiento de *zancudos*.

Interesante fue también la participación de la Sociedad en la redacción de las *Guías de forasteros* o *Calendarios manuales*, con información completa sobre la isla, para aquellos viajeros que quisieran lanzarse a recorrerla sin conocerla. Estas guías vendrían a ser como las *Guías Azules* de nuestros días.

Las tensiones que existían entre los isleños aparecen reflejadas en los escritos del cónsul británico David Turnbull, miembro de la Sociedad Económica de la Habana, de la que fue expulsado por su postura en favor de la abolición de la esclavitud (y también de la independencia de la isla), al hacerse con el control de la Sociedad el grupo españolista, partidario del mantenimiento de la esclavitud, frente al grupo criollo, que defendía su abolición, la cual fue tomada como bandera por este grupo al iniciarse el movimiento de secesión de la isla respecto de la metrópoli, ya mediado el siglo XIX.

Pablo J. Beltrán de Heredia  
Madrid, 4 de mayo de 2000.